

Historias Aterrizadas

**Laura Camila Muñoz Vega
Valeria Murcia Valdés
Verónica Zambrano Reyes**

Proyecto creativo de carácter escrito

Asesor: Rodolfo Prada

Universidad de La Sabana

Facultad de Comunicación

Bogotá

2018

ÍNDICE

Resumen.....	3
Presentación	4
El rostro humano de la crónica.....	6
Historias Aterrizadas	9
De Popayán a India	10
Una requisa al pasado.....	21
Una mujer en 1962	29
El hombre de la 18C.....	35
Mi vida en un avión.....	42
Adiós Mr. Boots.....	48
Fuentes bibliográficas.....	58

Resumen

Los aeropuertos son sinónimo de conceptos tan diferentes como el encuentro y la despedida. Son escenarios donde se desarrollan toda clase de conexiones que implican un cambio. Por medio de seis historias, este trabajo pretende evidenciar cómo esos lugares han tomado un significado importante en la cultura de la sociedad. Por ejemplo, para algunos son un punto de partida, mientras que para otros son lugares de paso. Para aquellos que pasan día tras día allí, son universos propios y para muchos más, los aeropuertos son uno de esos espacios donde se salta hacia lo desconocido. Ese ambiente compartido cobra sentido únicamente a través de vivencias individuales, pero son aquellas precisamente las que lo dotan de habilidades camaleónicas para contar relatos tan diferentes en un mismo instante.

Abstract

Airports are a synonym of concepts so different such as encounters and farewells. They are sceneries where all sorts of connections develop, all of which end up in changes in one way or another. Through six chronicles, this paper pretends to show how places like airports have taken a significant cultural meaning in our society. For example, to some they are a beginning point and to others they are a passing location. For those people who spend their daily lives inside, they are an entire universe in themselves and to some they are just places where you take a leap towards the unknown. That shared space gathers its significance only through personal and individual experiences, but those are the tools that enables it to tell diverse stories in an instant.

Presentación

Aeropuertos. Lugares mágicos. Como las películas o los libros, en pocos minutos nos hacen pasar de la alegría a la tristeza, de la ansiedad al miedo y de la confianza de lo conocido a la incertidumbre de lo que vendrá. Son el punto de partida de muchos sueños esperados y el punto de llegada del anhelo finalmente alcanzado.

Aquella historia del gran maestro de la escritura Gabriel García Márquez del hombre que jamás logró tener una conversación con una mujer de ensueño, luego de verla por primera vez en el aeropuerto, en *El Avión de La Bella Durmiente*, y la inolvidable despedida de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman en el aeropuerto, en un clásico del cine como *Casablanca*, son expresiones de lo que hace muchos años, durante muchas generaciones, los aeropuertos logran provocar en la gente. Esos momentos de tristeza profunda y de felicidad desbordante que marcan la vida.

Nuestro trabajo de grado tiene como objetivo desnudar historias que surgen o terminan con un encuentro en el aeropuerto. Historias reales, aterrizadas, que se asimilan a la narración de Santiago Gamboa cuando describe la experiencia de Aníbal Esterhazy en Tragedia del hombre que amaba en los aeropuertos: “Mi momento preferido era la llegada a los aeropuertos. Ahí, mis poros se abrían como plantas carnívoras” (Gamboa, 2012, pág. 15).

Estos relatos no solo cuentan la parte emocionante de este espacio, sino la atmósfera de intriga, efímera e inolvidable, que detiene el mundo por un momento y logra cambiar la vida de las personas a corto o largo plazo.

Esta recopilación de historias quiere desafiar la definición de Marc Auge que clasifica los aeropuertos como *no-lugares*, “espacios que no dan lugar al diálogo, ni siquiera a la mirada detenida. Es el lugar donde hay que apurarse a caminar, porque, si no, lo atropellan los que vienen atrás. Es el semáforo que saca fotos y la máquina expendedora de boletos para ingresar al aeropuerto y luego la máquina que se lleva las maletas” (Augé, 1996, pág. 48).

Creemos que el aeropuerto es suelo fértil para el nacimiento de pequeñas o grandes historias más allá de ser meros lugares de transición. Es posible definir mejor el concepto de los *no-lugares* como un espacio en el interior que solo es interesante por lo que una persona trae de su entorno exterior. Desde el aeropuerto Hartsfield-Jackson Atlanta International Airport, el más concurrido en 2016 con 104 millones de pasajeros, hasta el Aeropuerto Juancho E. Yrausquin, en la Isla de Saba, el más pequeño del mundo, con 400 metros de pista, entendemos que cada pasajero es un relato andante (AeroBCN, 2018).

Estos lugares propiciados por el mundo exterior esconden miles de historias que vale la pena contar. Queremos sacar de la maleta algunos de esos relatos e incitar

a los lectores a preguntarse cuántas historias más se esfuman al momento de apagar los celulares, abrocharse el cinturón y prepararse para el despegue.

Los aeropuertos son un lugar de encuentros, inesperados, furtivos, emocionales, que se escenifican cuando viene un viaje. Son el lugar para un recibimiento, una despedida o un hasta luego. Decidimos buscar nuestras historias en este espacio. Relatos que no necesariamente tuvieron un comienzo o un final allí, pero que sí representan los cambios de vida que trajo el transitar por un aeropuerto alguna vez.

El rostro humano de la crónica

En 1997, a unos años de la llegada del nuevo milenio, el periodista argentino Tomás Eloy Martínez ofreció una conferencia en Guadalajara, México, acerca de los desafíos que enfrentaría el periodismo en el siglo XXI. En un auditorio lleno de editores de medios que pertenecían a la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), acostumbrados a la ajetreada rutina del periodismo impreso, el argentino les habló acerca de lo importante que era que el periodismo escrito equiparse con las mejores herramientas para hacerle frente al creciente mundo audiovisual, conquistar nuevos públicos y mantener los antiguos.

“La gran respuesta del periodismo escrito contemporáneo al desafío de los medios audiovisuales es descubrir, donde antes había solo un hecho, al ser humano que está detrás de ese hecho, a la persona de carne y hueso afectada por los vientos de la realidad. La noticia ha dejado de ser objetiva para volverse individual. O mejor dicho: las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber”, expuso el periodista (Martínez, 2002, pág. 117).

Mucho ha cambiado desde entonces, pues las letras ya no solo libran una batalla contra la televisión y la radio, que ganaban en inmediatez desde hacía ya varias décadas. Ahora los impresos intentan sumergirse en las aguas de la convergencia multiplataforma que la tecnología exige del periodismo y luchan con información que proviene de muchas fuentes y en formatos diferentes.

Ya no basta con publicar un texto o un video pues los usuarios, permanentemente conectados, buscan imágenes, voces, mapas, infografías, juegos y toda suerte de herramientas adicionales que acompañen la información escrita. Entonces, ¿hacia dónde podrían orientarse los escritos periodísticos en los diarios y las revistas para seguir atrayendo lectores y conectarse con sus audiencias sin perder rigurosidad?

Tomás Eloy Martínez insinuaba la respuesta, incluso antes de que arrancara el año 2000: la narración. Ese es el género que logra que las noticias exploren la humanidad detrás de los hechos, las cifras y las infaltables *cinco w's* en un texto. La crónica les da un rostro a los sucesos y contribuye al entendimiento de que todo lo que ocurre en la sociedad realmente repercute en la vida de alguna persona, y eso le interesa a los lectores (Martínez, 2002).

Sin embargo, para salir airoso de la sobreoferta informativa a la que están expuestos los ciudadanos, las narraciones, es decir, las crónicas periodísticas, tienen una ventaja sobre los demás formatos y es “la licencia para sumergirse a fondo en la realidad y en el alma de la gente”, como lo afirma el escritor y periodista Alberto Salcedo Ramos (Salcedo, 2011, pág. 125).

Para el español Gonzalo Martín Vivaldi, la crónica “no es la cámara fotográfica que reproduce un paisaje sino el pincel del pintor que interpreta la naturaleza, prestándole un acusado matiz subjetivo” (Salcedo, 2011, pág. 126). Aunque la subjetividad no puede ser un elemento constante en todos los textos que los periodistas registran a diario, algunos escritores en los periódicos pueden sacar el máximo provecho de formatos como la crónica para explotar la capacidad imaginativa de los lectores por medio de los detalles.

La estructura narrativa de la crónica periodística tiene sus raíces en las plumas de grandes novelistas y escritores que hicieron parte del mundo del periodismo. En un principio esa fusión entre la actividad periodística y la narrativa literaria arrancó en Latinoamérica: con Rubén Darío, en Nicaragua; José Martí, en Cuba, y Manuel Gutiérrez Najera, en México.

Ellos, a su vez, eran ávidos lectores de la prensa estadounidense a finales del siglo XIX. Martí en especial. Hacia 1880, estos escritores leían diarios como *The Herald*, *The Hour* y *The Sun*, de Nueva York, que estaban empezando a darle un giro a la manera como se contaban las historias en los periódicos tradicionalmente (Rotker, 1992).

La periodista venezolana Susana Rotker se refería a ese movimiento como el nuevo periodismo del momento en su libro *La invención de la crónica*. Allí, ella aseguraba que se usaban elementos narrativos distintos para llamar la atención, en el que se investigaba a profundidad y en el que se hacía vívida la noticia (Rotker, 1992).

Esta manera de escribir influyó a hombres como Martí o Gutiérrez Najera, que, aunque fueron más recordados por su poesía o su obra literaria que por su participación en el periodismo, reflejaban en sus textos cada vez más detalles y un enfoque hacia la humanidad de las noticias que publicaban en diarios latinoamericanos.

En su libro, Rotker también retoma las palabras de José Ovidio Jiménez en *El ensayo y la crónica del modernismo*, cuando señala que “el nacimiento del periodismo literario, (...) por venir a cumplirse en manos de artistas excepcionales, supuso la dignificación de esa misma actividad periodística. El resultado fue el brote de la crónica como género nuevo de las letras hispanoamericanas” (Rotker, 1992, pág. 16). Fue así como desde antes del siglo XX y del surgimiento del Nuevo Periodismo norteamericano de Capote, Talese y Wolfe, hubo un precedente para lo que sería muchos años después el Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y otros escritores que hicieron parte del reconocido ‘boom de la literatura latinoamericana’, fueron también los herederos de ambas corrientes periodísticas que consideraban la crónica, la inmersión y el mismo lenguaje literario como herramientas fundamentales para la construcción de piezas periodísticas.

En 2003, durante uno de los talleres de periodismo y literatura que dictó Martín Caparrós en Cartagena para la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, el periodista argentino destacó que la crónica también genera identificación entre sus lectores. “La crónica intenta contar lo que le pasa a la gente más parecida a aquellos que leerían esa noticia. La crónica es una forma de pararse ante esa estructura de la información que habla de unos pocos y decir que vale la pena contar lo que le pasa a todos los demás” (Ortíz, 2016).

No por otra razón, elegimos la crónica como el género ideal para contar las historias recopiladas en este libro. Quisimos darle un carácter casi místico a los aeropuertos, lugares de pequeñas grandes historias protagonizadas por personas comunes, todos los días. Los personajes de estas crónicas son ciudadanos reales, con vidas y realidades distintas, pero muy humanas.

Historias Aterrizadas

De Popayán a India

*“Y una a una las noches
entre nuestras ciudades separadas
se agregan a la noche que nos une”.*

Pablo Neruda

Cuanto más se alejaba de Ipiales, Lili Chaguendo caía en la cuenta de la locura que estaba cometiendo. Cada kilómetro la acercaba a uno de los pasos fronterizos entre Colombia y Ecuador, y mientras veía paisajes desconocidos, a toda velocidad, recordaba el salto de fe que estaba dando por alguien que nunca antes había conocido.

Impacientemente, veía la hora en su celular. Entrelazaba su pelo largo y negro entre los dedos y hacía cálculos imprecisos en su mente. Se le salían unas cuantas lágrimas. Esperaba llegar a tiempo.

- ¿Se dirige a Ecuador?, señorita - preguntó el hombre que iba a su lado después de un tramo de viaje en bus.
- A Quito, sí señor - respondió Lili, con un tono apenado y una sonrisa amable que no eran suficientes para disimular los nervios.
- Yo vivo allá, en Tulcán, cerca de la frontera - le comentó él mientras le extendía la mano derecha - Mucho gusto, me llamo Luis.
- Lili, un placer - le dijo ella, sonriendo con un poco de pena.
- ¿Va a visitar a su familia? - preguntó Luis.
- Voy a conocer a mi prometido - le dijo ella, entre una risa nerviosa.

Muy temprano ese día, Lili salió de su casa en Río Blanco, un municipio rural a las afueras de Popayán, en el Cauca. Vivía en una finca con sus dos hijos y estaba acostumbrada al recorrido de unos 20 minutos caminando desde su casa hasta la ciudad.

Con el corazón en la mano se despidió de Yeremy y Joshua, sus pequeños, sin saber exactamente cuándo volvería a verlos. Hasta ese momento, su vida giraba en torno a trabajar duro para sostener su hogar de tres y ahora, que se separaba de ellos por primera vez, no podía quitarse de la cabeza el sentimiento de culpa. Se iría a perseguir un amor tal vez imposible a otro país.

Lili había invertido casi todo el dinero de sus ahorros en el viaje que la conducía a la capital ecuatoriana. Su meta era cumplir una cita en ese país con un hombre diez años menor que ella, que no hablaba español y que vivía a más de 15.000 kilómetros de distancia en India.

Antes de emprender esa aventura, Lili había vivido casi siete años con otro hombre, pero nunca se casaron. El papá de sus hijos era de esas personas que se acomodaba a lo que viniera, que no luchaba por los sueños y sólo se dejaba llevar. Ella lo amaba pero se encontró mensajes que su pareja intercambiaba con otra mujer por Whatsapp y su relación cayó en picada.

Tras la decepción amorosa y la infidelidad, ella asumió la cabecera familiar. Se sentía siempre muy triste, se refugiaba en Dios y en la Biblia y se decía a sí misma que ya no tenía tiempo para una nueva relación. Pasaba horas recogiendo café en su finca, arreglaba su casa, preparaba la comida para sus hijos, iba a la iglesia y trabajaba para poder sostenerse. El ciclo se repetía una y otra vez sin pocos descansos y ella se sentía sumamente sola.

Aunque las interacciones virtuales dañaron su primera relación, el amor la encontró a ella no a través del amigo de un amigo o un colega de la oficina, sino navegando en la red. Ni ella se explica todavía cómo fue que Deepak, en India, encontró en Facebook el perfil de una auxiliar de enfermería que vivía en un municipio pequeño a las afueras de Popayán, Colombia. Sin tener amigos en común o gustos que pudieran llevarlos a conocerse por vía electrónica, es más preciso decir que fue simplemente el azar el que quiso reunirlos.

Para ese entonces, Deepak se la pasaba escuchando rap, salía con sus amigos y se estaba formando para ser ingeniero de sistemas en la universidad. Vivía en el estado de Punjab, una región al norte de India, un lugar que miles de personas visitan al año para conocer el Templo Dorado de la religión sij, un monumento arquitectónico y religioso que pertenecía a la que religión que Deepak practicaba (El Espectador, 2015).

Un día como cualquier otro, en 2014, Deepak se topó con la foto de Lili en la red social, no la conocía, pero instintivamente le pidió una solicitud de amistad. Apenas ocho meses después de haber terminado la relación con su anterior pareja, ella recibió esa curiosa solicitud y aunque no tenía idea de quién era el moreno de la fotografía (con un extraño nombre en su perfil), aceptó.

A pesar de las diferencias culturales, los dos se convirtieron en amigos desconocidos que entablaban conversaciones ocasionales, pero cada vez más frecuentes. Se hablaban en una mezcla de 'español' difícil de comprender y aunque de tanto hablar para ella parecía como si se conocieran de toda la vida, nunca habían tenido la oportunidad de verse cara a cara.

Se escribían a cada rato y charlaban de todo un poco, como podían. Lili le dictaba tutorías para aprender español y él a ella para hablar inglés. Charlaban sobre lo que les pasaba en el día, sobre sus familias, sobre lo que los hacía felices y lo que les molestaba. Lili sonreía cada vez que veía sus mensajes alumbrando la pantalla del celular. Se acercaban, a veces peleaban y volvían a contentarse.

Casi un año después de convertirse en amigos digitales, Deepak se dio cuenta de que no quería impedir que los kilómetros le quitaran a una mujer como Lili. Pero cada vez que ella se sentía más atraída a Deepak, temía que su relación anterior fuera un impedimento para que él quisiera estar con ella. En India no se ve con buenos ojos que una mujer tenga hijos por fuera del matrimonio, pero aunque Lili dudaba que la relación fuera a funcionar, aceptó ser la novia virtual de Deepak.

A veces, cuando la distancia se hacía muy insoportable, decidían terminar. Bloqueaban sus números, dejaban de hablar por Facebook y trataban de continuar con sus vidas fuera de la pantalla. El truco nunca les funcionó y alguno siempre volvía por el otro. Aunque nunca se habían tomado de la mano, no podían evitar seguir poniéndose en contacto y reanudar su historia.

Después de dos años de conversaciones, Deepak tenía claro que quería casarse con ella y llevarla a la India, aunque para su familia era una locura estar enamorado de una desconocida.

- Y usted ¿no se fue para allá? - preguntó Luis, interrumpiendo la historia.
- ¡No, no, no! Me hubiera encantado, pero yo le dije que yo no podía viajar, yo tenía que ser realista. No podía dejar a mis hijos acá - dijo ella antes de soltar un suspiro de sueños rotos.

Deepak insistía en que él le enviaría todo lo necesario para ir a India, el dinero, los pasajes, pero ella no podía sólo escapar. Lili tampoco quería que él viajara a Colombia hasta que acabara la universidad. Su plan era impedir que Deepak renunciara a su carrera por amor, pero él estaba decidido a pesar de que otras personas también le dijeron que lo pensara dos veces. Él renunció a su trabajo en una empresa de sistemas, abandonó la carrera y empezó a hacer las vueltas para sacar la visa.

Luis la miraba asombrado, no podía creer que esa historia fuera real.

- Ahí me di cuenta de que Dios me había puesto a la persona que yo necesitaba en mi vida, alguien que iba a luchar por mí.

Cuando Deepak le anunció su decisión de salir de India, Lili empezó a hacer los papeles para el matrimonio en una notaría y mandó a traducir todos los documentos en Manizales. Mientras tanto, Deepak viajaba de Punjab a Nueva Delhi con frecuencia para traducir y enviar los papeles necesarios. Su plan era agilizar todos los trámites para casarse apenas él pudiera viajar a Colombia.

- ¿Y va sola hasta Quito?, ¿dónde se va a quedar?

- Creo que pasaré la noche en el aeropuerto, porque no tengo un lugar fijo a dónde llegar.

Luis guardó silencio un segundo y luego la miró.

- Mi esposa, mis niños y yo vivimos aquí cerca y tenemos espacio en mi casa para que pase la noche - le propuso él.

La pantalla del celular le mostraba a Lili la hora y fecha: 7:30 de la noche del 22 de noviembre de 2016. Lo último de lo que tuvo conocimiento fue que Deepak había viajado a Nueva Delhi y se dirigía al aeropuerto, nada más.

Cuando el bus pasó sobre el puente Rumichaca que une ambos países, Lili se quedó sin conexión a Internet. Aunque jamás había aceptado la propuesta de quedarse donde un completo desconocido, no le quedó duda de que necesitaba una mano en Ecuador para continuar con su viaje, así que aceptó.

Deepak ya había viajado varias veces a la capital de la India, no sólo para traducir los documentos requeridos para casarse, sino para dar un paso aún más importante: pedir la visa colombiana. Intentó hacer el trámite dos veces con la ayuda de un supuesto agente de viaje que lo único que hizo fue robarle el dinero que había ahorrado para el proceso.

Luego pasó por tres entrevistas en la Embajada de Colombia en India, pero la decisión de la entidad fue no darle la visa para entrar a Colombia por facultad discrecional (la Embajada se reservaban sus razones para no otorgarle la visa para entrar al país). Según Migración Colombia, Deepak, como ciudadano de la India, podría entrar al país sin visa y solicitar un Permiso de Ingreso y Permanencia o Permiso Temporal de Permanencia, pero solamente si era titular de una visa Schengen (Ministerio de Relaciones Exteriores, 2017).

Lastimosamente, para Deepak ese no era el caso. Sin la visa, no había manera para que entrara legalmente a Colombia en ese momento. La mejor segunda opción era llegar a Ecuador, que quedaba cerca de la frontera caucana. Como ese país no requería visa para personas que viajaran desde la India, su plan era entrar como turista, pues su permiso de estadía solo cubría 90 días (Gobierno de la República de Ecuador, 2017).

Luego se iría a Colombia por tierra, se casaría con Lili y se quedaría a vivir con ella en Popayán hasta tener la documentación en regla. Una vez logaran solucionar el tema legal, se devolvieran juntos con sus dos hijos a la India. Mientas tanto, Deepak sabía que viviría de manera ilegal en el país, con todo lo que eso implicaba.

Su familia y amigos trataron de hacerlo reconsiderar, de esperar un poco más y volver a intentar para hacer las cosas al derecho, pero después de varios años de estar enamorado y no poder compartir con la persona que amaba, sólo le quedaba afán por encontrarse con ella. Así que Deepak se despidió de Punjab, de su vida en la India y preparó maletas para irse a Ecuador.

Nerviosa y cansada, Lili entró a la casa de Luis. Conoció a su esposa Sandra y a sus hijos. Le improvisaron una cama para pasar la noche e incluso tenían un celular con Internet para ver que ella pudiera ponerse en contacto con la familia de Deepak en India.

Lili le escribió a la hermana de Deepak, Parmjit. Creía que a esa hora el vuelo ya debía haber despegado, pero ella le respondió que a Deepak no lo habían dejado salir del país todavía. Le faltaba un documento y no le habían permitido abordar ningún avión desde Nueva Delhi. Estaba atorado.

Las manos de Lili empezaron a temblar y los ojos se le llenaron de lágrimas.

- ¡Pero ya estoy en Ecuador! ¿Perdió el vuelo? - escribió Lili con el corazón destrozado.
- Están mirando la posibilidad de cambiar sus planes de vuelo, pero dicen que le falta una carta para poder entrar a Ecuador. Incluso ya tenía todo el equipaje registrado. No lo quieren dejar salir del país – respondió Parmjit.

Lili se recostó sobre la almohada y empezó a llorar sin parar. Luis y Sandra se acercaron a consolarla, pero era difícil contener el dolor de aquella esperanza rota. Estaba tan confundida, tan decepcionada.

- No viene - murmuró Lili, entre sollozos.

La amargura se extendió por los días siguientes. Lili se quedó casi una semana en ese país esperando el visto bueno para el viaje, pero nada sucedió. Se gastó más de un millón de pesos en esa estadía, plata de la que no disponía y sin la cual dudaba poder regresar. Volvería con lo justo.

Le agradeció a Luis, a su esposa y a sus hijos por el apoyo y la compañía. Empacó sus cosas tal y como las había traído, y salió nuevamente del terminal de Tulcán hacia Ipiales y de ahí a Popayán.

El regreso, con los brazos vacíos y el corazón roto, le hacía pensar en que nunca debió haber emprendido ese viaje. Pensaba en lo lejos que estaba de sus hijos y en que de pronto esas historias de amor eran para adolescentes, no para ella. Tal vez ese romance estaba hecho para permanecer en las pantallas, sin materializarse.

Ahora debía volver a su pueblo, a su casa, y seguir la vida como si nada hubiera pasado.

Deepak paleaba su agotamiento y su dolor de regresó a Punyab, mientras buscaba soluciones para llegar a Ecuador. En sus días de trajín en el Aeropuerto Internacional Indira Gandhi de Nueva Delhi, se enteró de que necesitaba una carta de ingreso firmada por un residente ecuatoriano para que le permitieran entrar al país. Eso era lo que faltaba.

Necesitaba que una persona local escribiera una carta certificando que lo conocía, que se haría cargo de él durante su estadía y que lo recibiría en Quito. Esas eran las reglas para entrar al país sin visa desde India, la única pieza que faltaba.

Un par de semanas después, un poco dolida, avergonzada y prevenida, Lili llamó a Luis Muñoz, el hombre que le había abierto las puertas durante su primer viaje a Ecuador. Le comentó la situación y nuevamente él se dispuso a ayudarla. Con la carta de ingreso asegurada, Deepak reprogramó su vuelo para el 7 de diciembre.

El vía crucis...

Por segunda vez, Lili se preparó para el viaje, aunque ya no estaba tan segura como antes. La incertidumbre se le hacía aún más grande y la presión era casi asfixiante, pues había pedido dinero prestado a varios familiares para poder viajar. Arregló su casa para que quedara linda, sin saber si en esta ocasión Deepak estaría para verla. Dejó a sus niños otra vez con su abuela paterna y tomó el bus hacia Nariño.

Ya los paisajes no se le hacían desconocidos y sabía a dónde llegar, pues Luis le había ofrecido alojarla y acompañarla hasta Quito para recibir a Deepak. Sólo faltaba que esta vez él tocara piso ecuatoriano.

En India, Deepak ya tenía a la mano los datos de Luis Muñoz y había ideado junto a Lili un plan en caso de que los agentes de inmigración lo detuvieran. Había borrado todas las conversaciones de Whatsapp con Lili para evitar inconvenientes. Diría que Luis era un viejo conocido de su padre y que sería él quien lo hospedaría en su estadía en Ecuador por motivos turísticos.

Con la carta en la mano, Deepak había logrado abordar y era cuestión de horas para que llegara a Suramérica. Lili, que aún no podía creer que en poco tiempo podría abrazar al hombre que sería su futuro esposo, se acicaló lo mejor que pudo. Se alisó el pelo negro y largo, y lo dejó suelto. Se puso una chaqueta, una bufanda y unos tacones, porque siempre había tenido la impresión de que Deepak sería mucho más alto que ella.

El reloj marcaba las 2:00 de la tarde cuando Luis y Lili salieron de Tulcán hacia la capital. El tiempo era justo y lo que usualmente era un trayecto de máximo tres

horas, se empezaba a demorar un poco más de lo esperado. Había reparaciones en la vía y eso no le daba buena espina a Lili.

A medio camino, justo en un trancón monumental, recibieron una llamada. Era del Departamento de Inmigración del Aeropuerto Internacional de Quito Mariscal Sucre. Deepak había llegado, pero Luis no estaba ahí para recogerlo. Le advirtió que si no llegaba pronto, tendrían que deportarlo a su país.

Lili sentía mareo de solo pensar en lo que eso significaba. Deepak ya estaba en Ecuador, estaban en el mismo país. ¡Por fin! No podía ser que por un trancón se lo fueran a llevar a India otra vez. Estaban tan cerca que no era justo. Deepak estaba encerrado en un diminuto cuarto mientras intentaba responder un interrogatorio en español.

Ella miraba su teléfono sin parar. 10 minutos, y nada. 20, y nada. Media hora y Quito apenas empezaba a asomarse. Luis se dio cuenta de que se estaban acercando al aeropuerto, se bajaron, corrieron hacia el otro lado de la calle y tomaron otro bus. El teléfono volvía a sonar, otra advertencia de que estaban por deportar a Deepak. No había tiempo.

Lili golpeaba su tacón derecho contra el piso una y otra vez, por los nervios. Llegaron al aeropuerto y se bajaron en la primera entrada que vieron. Corrieron hacia un guardia de seguridad y le preguntaron por la puerta de llegadas internacionales. Él estiró el dedo índice en dirección opuesta, bien podrían ser varias cuadras de distancia.

Luis y Lili empezaron a correr cerca a los carros que pasaban. El teléfono sonaba otra vez. Los pies de Lili, poco acostumbrados a los tacones, le empezaron a sangrar. Le dolían y no lograba correr al mismo ritmo que Luis. Ella comenzó a correr por el pasto. Pensó que así no le dolerían tanto los pies, pero sólo consiguió embarrar sus zapatos. Mareada, embarrada y llena de nervios, llegó con Luis al sector que tanto buscaban. Cinco agentes de inmigración se les acercaron lentamente.

- ¿Usted es Luis? - preguntó uno de ellos.
- Sí, sí señor, disculpe por la demora – respondió él, casi sin aire.

A ambos les pidieron sus documentos. Ella temía que su identidad se convirtiera en un problema para que los agentes creyeran toda la coartada que tenían planeada. Después de tantos esfuerzos, decidió encomendarse a Dios y entregó su pasaporte.

- Ah, claro, esa es la muchacha que está en la fotografía del señor Deepak - le dijo uno de los agentes a otro. Lili se espantó.

Deepak seguía encerrado en la sala pequeña desde hacía un poco más de dos horas. Los agentes requisaron su equipaje, revisaron su celular, vieron todas las fotos guardadas en el teléfono e incluso le confiscaron 200 dólares que llevaba en su billetera.

Lili y Luis empezaron a responder un largo cuestionario sobre su relación con Deepak y el propósito de su viaje a Ecuador. Lili sentía que le sudaban las manos, que se le iban los colores del rostro y que en cualquier momento podían quitarle la oportunidad de ver al único hombre que había anhelado ver por casi tres años y que, además, estaba a metros de distancia en algún lugar de ese aeropuerto. Ella y Luis siguieron al pie de la letra la versión de la historia que habían acordado y, sin demostrar miedo, respondieron cada una de las preguntas.

Diez minutos de interrogatorio pasaron lentamente y no prepararon a Lili para una respuesta que creía jamás oiría.

- Esperen aquí, ya lo traemos – dijo el agente.

Lili miró a Luis y ambos sonrieron ante la victoria. Llegaba el momento que le daba sentido a los últimos tres años. Ella, como una niña que está por recibir el regalo más esperado, sentía un gozo que sólo entienden los que han sido niños. En ese instante Deepak salía de una sala con sus maletas en la mano, sonriendo y mirándola. Ese instante era de ellos y nadie podía quitárselos.

Lili sintió como si el mundo se pusiera de cabeza, pero el mareo se fue. El dolor de los pies se detuvo y corrió hacia ese hombre altísimo, de tez morena y de peinado alocado que le había dado los mejores años de su vida sin siquiera haberlo visto antes en persona.

Deepak dejó caer todo al piso. No podía quitarle los ojos de encima, porque temía que si parpadeaba podría esfumarse como un espejismo. Haber dejado su país, su familia, su carrera... Nada de eso importaba ahora porque la tenía frente a él. Por fin la tenía a su lado.

- ¡Deepak! - gritó Lili, mientras caía en sus brazos y por fin le acariciaba el rostro. Aún con los tacones, completamente embarrados, Lili debía empujarse para secar las lágrimas de alegría de su prometido.
- Lili, te amo... - dijo Deepak, sollozando.

Se sostuvieron con la fuerza con la que alguien recibe a un ser querido que no ve por décadas. Desde ese instante ya no eran dos desconocidos que habían creído a

ciegas en el amor, sino dos enamorados que se encontraron en cuerpo después de haberse conocido en alma.

Fuera de la pantalla

Cruzaron la frontera hacia Colombia en un taxi, por recomendación de Luis. Según él, había una zona entre ambos países que no tenía mucha seguridad migratoria. Lili, aferrada a la mano de Deepak y con los pelos de punta, se encomendó a Dios y Él pareció escucharla: ningún retén de la policía los detuvo en el vehículo. Cruzaron el Puente Rumichaca y Lili respiró hondo. Lo habían logrado, pero Deepak era un ilegal en suelo colombiano.

Se casaron el 23 de diciembre de 2016, sin perder tiempo. Sus primeros días de convivencia en la finca de Río Blanco se asemejaron mucho más al comienzo de un noviazgo que al de un matrimonio convencional. Paseaban de la mano, recorrían paisajes que para Deepak eran completamente nuevos y se contemplaban el uno al otro por largos instantes para capturar cada gesto, reacción y sensación, y grabarla en la memoria.

Pero pronto la realidad caló fuera de la pantalla y la luna de miel finalizó. Deepak tenía que quedarse solo esperando más de ocho horas en la casa mientras Lili trabajaba. De tacazo, a los 23 años, asumió el rol paternal para dos niños que a partir de ese momento también serían sus hijos. No podía comunicarse con los vecinos porque apenas sabía unas cuantas frases en español y extrañaba detalles que parecían insignificantes como la comida de su casa o el olor de su pueblo.

Ninguna Notaría quería registrar el matrimonio por el estatus indocumentado de Deepak y sin la legalización de su unión, se les dificultaba salir adelante. Él no podía trabajar, nadie lo contrataba sin papeles, y ambos empezaban a sentir que el camino para sostener su relación estaba lleno de obstáculos aún más complejos que la distancia a la que se habían acostumbrado.

Pero justo en el momento en el que todo parecía haberse estancado, se abrió una brecha de esperanza cuando Lili notó los primeros síntomas del embarazo. Deepak y ella serían padres de un tercer niño, el primero de su matrimonio. Estaban entusiasmados, asistían con regularidad a la iglesia de Lili y le pedían a Dios (cada uno a su manera), que les abriera camino para poder progresar como familia.

Soñaban con la posibilidad de criarlo con calma en el campo o irse los cinco a India para arrancar de nuevo allí. Quizá tener un hijo colombiano le ayudaría a Deepak a poner sus documentos en orden. Pero la ilusión duró poco, Lili perdió el bebé apenas 12 semanas después de enterarse de que sería mamá otra vez.

Era su primera pérdida compartida, un lazo que les recordaría lo que sucede del otro lado de las pantallas. Su consuelo, a pesar de cargar con el dolor inmenso de

la muerte de los sueños, era que por fin podían abrazarse y tragar el sabor amargo juntos. Toda la lucha no les había prometido un final feliz, pero les había abierto la puerta a vivir fuera de un chat, para sostenerse y mirarse a los ojos cuando la vida decidiera lanzar un nuevo puñetazo.

Una requisa al pasado

“Cada nueva esperanza que sentimos nos hace ver de manera distinta el pasado”.

Luis Rosales

Carlos aparcó en el parqueadero para empleados. *Feeling Good* había estado sonando en la radio: *es un amanecer / Es un nuevo día / Es una nueva vida...* coreaba la canción. Caminó hacia la terminal con la música todavía zumbando en sus oídos. Las luces rojas brillaron en la pista, una extraña, pero relajante sensación.

Era el primer turno de entrenamiento para Carlos Villamizar como oficial de seguridad de transporte, en uno de los muchos puestos de control del aeropuerto internacional de Atlanta. Le dijeron que siguiera a Rafael, un exvendedor de seguros de vida, bajito, barriga grande y de habla rápida, que ahora era el Coordinador Local de Seguridad Operacional.

Comenzaron su rotación en *desinversión*, término de la Administración de Seguridad de Transporte para nombrar el lugar donde los pasajeros colocan sus pertenencias para que los agentes la revisen antes de abordar. Carlos ensayó una y otra vez el discurso sobre vaciar todos los bolsillos, poner las computadoras portátiles en sus propias bandejas y quitarse los zapatos, las chaquetas, los cinturones.

Pasaron de la búsqueda de equipaje de mano en el detector de metales, al verificador de documentos y finalmente al escáner, completando la inducción sobre los puestos de control que a partir de ese día sería su rutina diaria. A su manera, Rafael le dio un consejo cuando rodearon el punto de control: "lleve guantes adicionales en su bolsillo trasero" dijo "y recuerde, usted queda a cargo. Esta es su casa".

Definitivamente, Carlos no se sentía como en casa, la cual había dejado a las 4 de la mañana, saliendo de puntillas para no despertar a su esposa y a su hija de tres años. A pesar de que portaba su nuevo uniforme de color azul titanio, lleno de parches, charreteras y una brillante etiqueta con su nombre, no se sentía a cargo en absoluto.

"Vamos, hombre" dijo Rafael mientras colocaba una mano sobre el hombro de Carlos haciéndolo volver a la realidad. Las personas que estaban en filas en el área de seguridad de *desinversión* empezaron a avanzar. De repente, había dos pasajeros en sillas de ruedas y una mujer joven con un gato siamés en un pequeño guacal de mascotas. Luchó para recordar el procedimiento operativo estándar para animales, pero no pudo recordarlo.

Tenía que mantener las líneas en movimiento. Necesitaba continuar repitiendo su guión sobre líquidos, geles, aerosoles, chaquetas y computadoras portátiles. Como Autorizado a dar Órdenes Técnicas (TSO por sus siglas en inglés), se suponía que debía "crear calma" y demostrar "presencia de comando", pero estaba empezando a sudar y su voz no sonaba muy segura. Agradeció que Rafael estuviera allí para ayudarlo. Claramente, tomaría un poco más de tiempo ganar autoridad.

Luego de ver muchas personas pasar por seguridad, Rafael y él estaban en el escáner cuando una voz familiar gritó “¡este tipo es un impostor!”. Carlos levantó la vista y vio a Cole, un amigo y profesor jubilado de la Universidad de Georgia Tech, a punto de entrar en el escáner.

Ayudó a Cole a pasar y silenciosamente le dijo que hablarían en otra ocasión. Habían sido compañeros hace años cuando aplicaban a un trabajo en un instituto público. Fueron competencia, en un momento, Cole fue el contrincante más preparado para el puesto y Carlos llegó a sentir odio por él. Efectivamente, le ganó el puesto y Carlos comenzó a dar clase en un colegio de primaria en los suburbios de Lawrenceville, Georgia. Ocho años después, se encontraron en la universidad y terminaron siendo muy buenos compañeros.

Lo vio reunirse con su esposa, que usaba una silla de ruedas. Escuchó que le hacía la pregunta obvia - ¿Qué está haciendo Carlos aquí? De nuevo, Cole habló a todo volumen como si el puesto de control fuera su sala de conferencias, aunque sabía que su esposa tenía buen oído. “¡Está investigando para una novela!”, gritó Cole.

Rafael no se demoró en preguntar “¿ese abuelo es amigo suyo?”

“Es un tipo dulce”, le respondió Carlos. Esperaba que le pidiera más detalles, pero Rafael ya se estaba concentrando en el próximo pasajero. Aun así, durante el resto del turno y por muchos turnos por venir, esas preguntas se quedaron con él: ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Era un impostor? ¿Estaba investigando para una novela?

En lugar de seguir dando clases en la universidad, trabajaría en el turno de 5:00 a 1:00 de la tarde y aprendería cómo despojar a los viajeros cansados de sus botellas de agua de plástico. Quizá tras algunos años de vivir esta aventura, volvería a la universidad y aportaría una perspectiva completamente nueva a sus clases de ficción. Ese era su plan.

Carlos Villamizar, de familia mitad mexicana, mitad estadounidense, envió su solicitud para trabajar en la TSA (Administración de Seguridad de Transporte, por sus siglas en inglés) en 2014. Su padre tenía casi 76 años. Con demasiada frecuencia, cuando Carlos hablaba de él con su propia hija, contaba historias sobre su infancia, cargadas de resentimiento. Hacía énfasis en la cantidad de reglas que había en casa. Cómo su padre estaba a menudo en la carretera (era conductor de camiones de carga) y cómo tenía talento para encontrar fallas en todo lo que él hacía, desde poner la mesa, hasta pelar un banano.

Al padre de Carlos, le encantaba volar. En una época de su vida, se inscribió en las Reservas de la Fuerza Aérea, soñaba con convertirse en piloto, pero su vista no era lo suficientemente buena. A cambio, se convirtió en camionero.

Cada vez que su viejo tomaba un vuelo comercial, traía a casa una de las tarjetas plásticas de emergencia como recuerdo. Animó a su familia y amigos a ayudarlo a ampliar su colección si viajaban por casualidad. Con los años, Carlos le trajo docenas que lo hicieron, por un momento, sonreír con aprobación.

Tal vez, si Carlos trabajaba durante un tiempo en el aeropuerto, pensó que podría llegar a entender mejor a su padre y resentirlo menos, antes de que fuera demasiado tarde. Una especie de misión para aclarar las dudas que tenía sobre la constante actitud frívola de su padre. A veces pensó que postularse para un trabajo con la TSA era evidencia de una crisis de mediana edad. Se estaba acercando a los 50, su hija tenía tres años y había trabajado como profesor de inglés durante 10 años en la Universidad de Georgia Tech.

El hecho de convertirse en padre también lo atrajo al trabajo. ¿Qué significa ser padre durante la "guerra contra el terror"? Lo obsesionaron las formas en que la vida cotidiana en los Estados Unidos había cambiado desde el 9/11. Sus alumnos crecían en un mundo muy diferente, al igual que su hija. Ese acontecimiento cambió al mundo como el día en que el gigante Goliat recibió una pedrada en medio de la frente que lo estremeció hasta la médula.

Antes de los ataques se combatían Estados, sectores públicos y pueblos. Pero, luego el enemigo se privatizó y ya no eran países que estaban claramente ubicados en la geografía mundial, sino que eran grupos religiosos o extremistas. Entonces ya no se perseguía al eje del mal, sino a miembros de Al Qaeda, del IRA en Irlanda, de ETA en España y los talibanes en Afganistán. Desde la Guerra Fría no existió sobre el mundo una amenaza de holocausto nuclear como después del 11 de septiembre.

Sentirse seguro era difícil y el individualismo del siglo XXI lo asustaba bastante. Un día tras otro, turno tras turno, siguió intentando sentirse a gusto en el puesto de control. Descubrió que, de alguna manera, su tiempo como escritor y profesor le proporcionó una buena capacitación para asumir muchos de los deberes de un oficial de seguridad del transporte. Años de evaluar los ensayos de los estudiantes le enseñaron lo suficiente para revisar documentos a buen ritmo.

Gracias a una especialización en estudios digitales, había pasado mucho tiempo examinando imágenes en la pantalla, buscando detalles inusuales, ocultos y cruciales; una práctica excelente para trabajar con la máquina de rayos X. Su primer puesto de docente, justo después de graduarse, lo llevó a un pequeño colegio de mujeres en el sur de Estados Unidos, donde aprendió cierta cortesía refinada: cortesía que le sirvió para revisar con el tacto apropiado el equipaje de mano de los pasajeros que esperaban agitados, frunciendo el ceño e impacientes. Sin embargo, ninguna parte de esa experiencia de docente lo preparó para realizar cateos o, como bien le llaman, requisas.

Sus compañeros novatos y él practicaron entre ellos, requisándose mutuamente. Los instructores les ofrecieron orientación. “Ejerza la misma presión que usa para untar mantequilla en un sándwich.” “Diga claramente lo que va a hacer y luego hágalo. Pronto lo harán automáticamente”, les aseguraron.

¿Cómo podría ponerle las manos encima a alguien más de esta manera? Y, sin embargo, ¿había una mejor manera de mantener los aviones seguros?. Seis meses después se acordaría de esto cuando un señor, elegante e importante a simple vista, se molestó por la requisita obligatoria de seguridad. Carlos, todavía en su periodo de aprendizaje, aseguró ver una navaja en el detector de metales. Con valentía, Carlos fue agresivo con la requisita, con una sonrisa malvada en su cara como cuando un superhéroe acaba de atrapar al villano. La navaja, resultó ser una medicina embotellada en metal, obligatoria para el pasajero que sufría de ataques al corazón. Ese día Carlos fue suspendido por tres días bajo la acusación de *abuso de autoridad e irrespeto al pasajero*.

No pensó que sería capaz de trabajar más de dos años en el puesto de control. Sabía que los puestos de control del aeropuerto eran lugares perturbadores, deshumanizadores y aterradores para muchas personas. Y que por estos días, más que nunca, se vuelve casi imposible pasar por un aeropuerto sin pensar cuántas personas quedan detenidas a su paso por este lugar. Como se leía en los documentos oficiales anuales de emigración de Estados Unidos, en 24 países de América, Europa y Asia, en 2017 fueron detenidos 9.714 pasajeros de procedencia latina. Es decir, 26 cada día o uno cada 50 minutos. Esta cruda realidad está contenida en las estadísticas de la Policía Antinarcoóticos estadounidenses.

¿Cuántos tienen sus propiedades confiscadas? ¿Cuántos salen sintiéndose violados? ¿Cuántos se ven obligados a abandonar y se les prohíbe regresar? Pero, en aquel entonces, trató de tranquilizarse: el puesto de control de Atlanta era un espacio brillante, ventilado y de techos altos. No había presenciado ningún comportamiento inapropiado. Técnicamente, como TSO (Autorizado a dar Órdenes Técnicas), ni siquiera se les permitía detener a las personas, eso era trabajo policial.

Su liderazgo como profesor no lo ayudó mucho la primera vez que tuvo que seguir a un TSO llamado Larry, un fisicoculturista trabajador y relleno de músculos. Solo un tonto habría tratado de interponerse en su camino. Cuando Larry vio a Carlos realizar una requisita, le dijo “eso de ser agradable, debes dejarlo ir”. Larry no estaba impresionado.

- ¿Has estado practicando tu verborrea en casa? – preguntó Larry.
- Realmente no. Respondió Carlos.
- Es una pregunta de sí o no - dijo Larry un poco molesto.

Se sentía como un estudiante desprevenido para la clase. – No - admitió Carlos.

Larry sacudió su cabeza recién afeitada y fue a hablar con el supervisor. Cuando regresó, llevó a Carlos a un costado del control y le dijo que lo requisara. Algunos de los otros oficiales en entrenamiento miraron hacia ellos. Notó algunos pasajeros mirando, también.

- Dime todo el guión- dijo Larry.
- Puedes ver tus pertenencias – comenzó Carlos - ¿o te gustaría que las traiga aquí?
- Necesitas ser más imponente - interrumpió Larry - Tienes que hacer cateos como si quisieran decir lo que se supone que significan. Cada requisita se hace para asegurarse de que la persona que está frente a ti no es un riesgo, ¿verdad? - dijo Larry.

Carlos asintió y siguió nervioso. - ¿Tiene algún dispositivo médico interno o externo? ¿Tiene algún área dolorosa o sensible en su cuerpo? ¿Tiene absolutamente todo fuera de sus bolsillos?

- Esta es tu casa - dijo Larry, haciendo eco de una de las líneas de apertura de Rafael.

Cuando Carlos terminó, el resto del puesto de control todavía estaba murmurando como de costumbre. ¿Estaba siendo afectado? ¿Humillado? ¿Desconcertado? ¿Educado? Todo lo de arriba, por supuesto. Sin embargo, en cada experiencia, buena o mala, lo único que tenía claro era que no veía la hora de contárselo a sus estudiantes sin saber cuándo volvería a las aulas.

En las líneas de Trump

Carlos, ocupó el puesto durante la presidencia de Barack Obama, cuando el trabajo, según él, aún conservaba un sentido de tranquilidad. El trabajo y la forma en que se realiza en el aeropuerto parecen seguir cambiando drásticamente a medida que Donald Trump continúa haciendo citas y firmando órdenes ejecutivas. ¿Quién puede decir en este momento qué tipo de órdenes podrían estar obligados a realizar los empleados de TSA en los meses y años venideros?

La cifra de 15,000 nuevos oficiales de ICE y de la Patrulla Fronteriza que Trump quiere contratar para ir tras los indocumentados es superior a toda la nómina de agentes especiales del Buró Federal de Investigaciones (FBI). Ese miedo se empezó a sentir en los puestos de control de los aeropuertos. Carlos sabía que sus

rasgos hispanos lo convertían automáticamente en un esclavo del nuevo presidente, o en un salvador de aquellos aterrados de ser juzgados por su apellido o su aspecto físico. Esto lo enojaba, esos nuevos oficiales deberían estar allí apoyando la seguridad nacional del país, no persiguiendo gente que busca una mejor vida.

Vio a un grupo diverso de hombres y mujeres de todas las edades que buscaban empleo en la TSA porque ofrecía una combinación que parece escasa en la actualidad: puestos de nivel inicial con beneficios reales de salud, seguridad laboral y la posibilidad de desarrollo profesional. A pesar de todas sus supuestas fallas, la TSA es una oportunidad para miles de personas que quieren ayudar a mantener una estabilidad en sus finanzas.

Trabajar como TSO en formación fue tan desafiante como cualquier otro trabajo que había hecho, incluso escribir y enseñar. En el punto de control, a menudo se les obligaba a estar sumamente concentrados, hora tras hora, turno tras turno, y podía ser agotador. Giraban de estación en estación, repitiendo sus guiones, estudiando documentos e imágenes. Se suponía que debían realizar cada tarea como si sus vidas y las de todos los que estaban a su alrededor estuvieran continuamente en juego.

Sin embargo, en sus mejores momentos en el puesto de control, llegó a sentir que la seguridad realizada correctamente podía ser francamente pacífica, o incluso inspiradora, una forma de superar el mundo de constantes distracciones.

Después de haber estado en el trabajo durante unos años, un grupo de personas, opositores del nuevo gobierno, comenzó a repartir panfletos en el puesto de control, diciendo a los pasajeros sobre la falta de calidad de vida de los empleados de la TSA. Carlos se sintió identificado, el dolor de espalda constante y la falta de tiempo con su familia se hicieron evidentes. Aunque el proceso de solicitud para unirse a la TSA fue complicado y prolongado, con formularios, exámenes y meses de espera; el proceso de renuncia fue sorprendentemente rápido.

Los medios locales se comenzaron a interesar en los presuntos abusos que involucraban a la TSA y cuando Carlos leyó un artículo en uno de los periódicos, notó que había sido escrito por un amigo de él y si no fuera ese amigo, eventualmente sería un estudiante suyo. No quería convertirse en parte de la historia. Estar inmerso en esa situación hizo que naturalizara las condiciones bajo las cuales trabajaba y nunca se le ocurrió que su propia experiencia podría convertirse en algo de interés público. En aquel momento entendió que lo suyo era escribir y enseñar.

El día después de leer el artículo de AJC News, al final de su turno, bajó a la oficina de Recursos Humanos. Le dijo a la mujer detrás del escritorio que quería hablar sobre dimitir. Ella le dijo que, si estaba interesado, sería posible tomarse un tiempo y ser readmitido más tarde. Su amabilidad lo tomó desprevenido. Consideró cambiar

de idea, luego le dijo que su decisión era definitiva. Ella le dio un lapicero y una hoja de papel en blanco para que pudiera escribir una breve carta de renuncia.

- ¿Tengo que decir algo en particular?, preguntó Carlos.
- Solo que ha decidido renunciar. También incluya la fecha, su nombre y número de seguro social.

Mientras escribía una oración o dos, ella preparó algunos formularios para que Carlos los firmara. Ella pidió su identificación del Departamento de Seguridad Nacional y le dijo que dejara sus uniformes en 48 horas.

- ¿Eso es todo?, le preguntó.
- Estamos acostumbrados a la rotación.

Dos semanas después, escuchaba *Feeling Good* pero manejaba hacia un rumbo diferente. Se dirigió al sur hacia la universidad y aparcó en el estacionamiento del personal. Agarró su mochila llena de libros y una muda de ropa. En el camino hacia el edificio de humanidades, con su uniforme escondido debajo de su abrigo de invierno, caminó entre multitudes de estudiantes, pensando, una vez más, en su padre.

Con el paso de los años, llegó a creer que la obsesión de su padre por las reglas y su incapacidad para relajarse se debía a las formas en que el trabajo lo obligaba a servir a los demás. Su salario estaba completamente determinado por las comisiones que hacía en cada viaje. En otras palabras, su éxito dependía de complacer y ganarse a un jefe tras otro. Él hizo eso como oficial TSO.

Subió los tres pisos de escaleras a su oficina. Necesitaba prepararse para la clase, y otra taza de café. Fue un alivio estar de nuevo en un trabajo. Especialmente en aquel puesto donde se sentía apreciado, donde sabía que podría contar miles y miles de historias que enriquecerían la imaginación de sus alumnos.

Una mujer en 1962

"No se nace mujer: llegas a serlo".

Simone de Beauvoir

Era la época en la que la alianza de los partidos tradicionales establecía la alternancia en la Presidencia entre el Partido Conservador y el Partido Liberal y como en la elección anterior había sido elegido el liberal Alberto Lleras Camargo, era el turno de Guillermo León Valencia, representante del Partido Conservador.

Cinco años atrás las mujeres habían adquirido su derecho al voto y hacía ocho habían sido reconocidas como ciudadanas gracias a la reforma impuesta por el general Gustavo Rojas Pinilla, que les concedió el derecho de elegir y ser elegidas (Silva, 2007). Entre estas mujeres estaba Fanny Vargas de Muñoz, una opita de 36 años nacida en Timaná. En pleno 1962, era una de las pocas mujeres que prefería usar pantalón en vez de falda.

Era madre de seis hijos: Álvaro, Martha Lucía, Luis Carlos, Roberto, María Fernanda y de una bebita en gestación. En aquella época, la familia vivía en Barranquilla, mientras Álvaro, el esposo de Fanny, pasaba la mayor parte de su tiempo en una finca a las afueras de la ciudad.

Fanny escuchaba en las calles que su esposo, el hombre al que amaba, con el que soñaba construir una vida, la engañaba con otra mujer.

Con unos amigos decidió ir a buscarlo a la finca en donde pasaba tanto tiempo. “Era increíble lo ingenua que fui”, pensó ella. Se dio cuenta por qué nunca la había llevado a conocer la ‘famosa finca’. Al llegar lo supo todo: Álvaro tenía otra familia, otros hijos. Ese día le dijo, “cuando nazca esta niña, me voy”.

El 25 de marzo, de 1962, nació Liliana, una hermosa niña de ojos color miel, el broche de oro con el que Fanny terminaría su matrimonio de 10 años. Sería el último hijo que tendría con su esposo, ya que ese año tomaría la decisión de divorciarse, en una época en donde una mujer separada era un fracaso social.

Su hijo mayor solo tenía nueve años y tan solo hace tres meses había nacido Liliana. Era una época muy dura porque Álvaro era una sombra en su vida. Fanny no podía creer todo lo que había sacrificado, abandonó su tierra por acompañarlo a Barranquilla, en búsqueda de la estabilidad económica que tanto necesitaban. En ese momento, recordando toda su travesía, se sintió verdaderamente sola.

Fanny, con el corazón a punto de estallar, decidió llamar a sus padres y contarles la situación. Estaba nerviosa, no había estudiado una carrera profesional y no sabía cómo iba a mantener a sus hijos siendo una mujer cabeza de familia. “¿Cómo iba a decirle a mi familia que mi matrimonio era una farsa? Que había fallado como esposa, como hija, como madre, como mujer. ¿Qué se suponía que debía hacer?, ¿morirme en vida en un matrimonio lleno de dolor? En el fondo de mi alma, sabía que tenía que luchar por mis hijos y por mí”.

En 1856 se institucionalizó el divorcio en Colombia por dos causales: el delito y el consentimiento mutuo. Pero el hecho de que se hubiera institucionalizado, no significaba que fuera aprobado por una cultura en la que la construcción del significado de feminidad fue definido desde lo masculino.

La cultura en la que Fanny estaba inmersa fabricó un mito de lo que significaba ser mujer. Era entendido y justificado por la naturaleza del que creían era el deber ser de las mujeres. “En mi casa siempre me decían, ‘Mujer que no sepa cocinar, esposo que se va. Mujer que no pueda tener hijos, matrimonio que se acaba. La casa debe estar en perfecto estado antes de que llegue el esposo. Los niños bañados, alimentados y acostados para atender a Álvaro cuando llegue del trabajo. Libros para qué, si el que trabaja es él. Creo que mi madre se equivocó, porque esa fórmula no funcionó conmigo”.

Fanny estaba en una época en la que el hombre era el eje central de la familia. Sin él, ella estaría sola, rodeada de miradas que la sentenciaban a ser una más del montón de fracasadas. Sus hijos serían los “bastardos” y ella, un parásito social.

Se sorprendió del apoyo que recibió por parte de sus padres, quienes la esperarían en Neiva. Antes del viaje, tenía que organizar varios detalles. Sabía que debía viajar desde Barranquilla hasta Bogotá y desde la capital a Neiva. Además, Liliana no podría viajar en tren porque el trayecto era muy largo para una bebé de tan solo tres meses.

Sin un peso en el bolsillo, pero con el apoyo de sus padres quienes la hospedarían en Neiva, decidió llamar a Lucila, su hermana mayor. Ella vivía en la capital del Huila y estaba casada con un hombre muy generoso, Antonio Meléndez. Él trabajaba en la Federación Nacional de Cafeteros y la ayudó con los siete pasajes para que viajarán de Barranquilla a Bogotá. Al llegar a la capital, Fanny sabía que un viaje en tren para una bebé de tres meses no era viable, entonces Meléndez le ayudó con dos pasajes de avión y cinco de tren de Bogotá a Neiva. Pero solo era un adulto con seis niños, así que debía definir si ella viajaría con Liliana en el vuelo o con sus demás hijos en el tren.

Después de tanto pensar, Fanny decidió que quien debía viajar con Liliana era Álvaro, su hijo mayor de nueve años. Él era el más responsable y el que más entendía la situación. “Fue mi compañía, cuando pienso en aquella época, me duele saber por todo lo que tuvo que pasar. En ausencia del padre, Álvaro se convirtió en el hombrecito de la casa”.

Ya con los pasajes comprados, Fanny debía empacar sus pertenencias, pero los niños estaban muy pequeños para ayudarla con el trasteo. Salió a la calle y les pidió a unas jovencitas que la ayudaran a empacar a cambio de unos pesos.

Había llegado el día. Las maletas estaban listas y el corazón arrugado, y con toda la fortaleza y valentía que tiene una madre luchadora, Fanny llegó al Aeropuerto Ernesto Cortissoz, de Barranquilla. Aquel aeropuerto fue nombrado en honor a un gran empresario quien fundó en 1919 la Sociedad Alemana de Transportes Aéreos, más conocida como SCADTA. Lo que Ernesto Cortissoz creó, en 1939, se transformaría en Avianca, la que hoy en día es la aerolínea más importante del país (Aeropuerto Ernesto Cortissoz, 2018).

Sus vecinos, los Orjuela, los llevaron al aeropuerto. Todo estaba listo. Fanny tenía un plan para que Álvaro no la acusara de llevarse a los niños sin su consentimiento, así que lo llamó y le pidió que llegara al aeropuerto. Se aseguró de que unas vecinas tomaran las fotos necesarias del encuentro y que así esa fecha histórica en su vida fuera documentada. “Yo quería evidencias de que él sabía que nos íbamos, para que después no hubiera problemas con la justicia”, y así fue la última vez que lo vio.

En el vuelo de Barranquilla a Bogotá, Álvaro, el pequeño de nueve años, se despidió del mar porque su madre le había dicho que en Neiva no había y sabía lo mucho que lo extrañaría. Miraba por la ventana del avión las nubes y el sol, pensando en lo mucho que extrañaría jugar fútbol con sus amigos del barrio. Extrañaría una Pony Malta bien fría en la tarde y le generaba curiosidad la idea de vivir con los abuelos. Nunca había viajado en avión, y ese día lo haría dos veces y una de estas, sería solo junto a su hermana de tres meses.

Álvaro, a quien llamaron como a su papá, era un niño de grandes ojos azules, al que en el colegio conocían como “el pecoso” o “huevo de pisca”. Era ese niño que había visto a su mamá llorar todas las noches. Había visto cómo Fanny esperaba a su padre en la sala hasta el amanecer. Había enfrentado los comentarios de la gente en la calle y había sufrido la ausencia de un papá, que se convertiría en un extraño para él.

Ese niño que escuchó a su padre mentirle más de una vez a su madre. Ese niño que sabía que su papá tenía a otra familia a la que sí quería. Ese pequeño que sabía que tenía otros hermanos que sí tendrían un padre con el que jugarían fútbol, uno que les leería un libro, uno al que podrían contarle sus secretos más íntimos. Un padre que estaría ahí por si tenían pesadillas. Un padre real, de carne y hueso.

Álvaro en ese momento entendió porqué su madre lo había elegido. El plan era el siguiente: al llegar a Bogotá, él se subiría al avión con Liliana y en el aeropuerto de Neiva lo esperarían sus abuelos, mientras su madre y sus hermanos viajarían en tren durante siete horas para encontrarse con ellos.

Cuando llegaron a El Dorado, Fanny tenía lágrimas en los ojos, se acercó a su hijo y le dijo,

- Todo va a salir bien, tus abuelos los esperan en el aeropuerto, no le hables a nadie en el avión, no recibas nada de comer, no te distraigas ni un solo segundo. Tu hermana es tu responsabilidad y confío en ti como nadie en este mundo.

Álvaro asintió en silencio y por primera vez comprendió cómo era ser el hombre de la casa.

El momento finalmente había llegado, Fanny estaba acompañada por Saulo Bermeo, un amigo que llegó a El Dorado y se encargó de ingresar a Álvaro y a Liliana al avión. Al llegar, una auxiliar de vuelo le dijo a Saulo que estaba prohibido que un menor de edad se hiciera cargo de una bebé.

- Señor, esto es imposible, él es un menor de edad de nueve años - dijo la auxiliar.
- Mire señorita, el vuelo es de media hora y en el aeropuerto los estarán esperando los abuelos - dijo Saulo.
- Son las políticas del aeropuerto así que tendrán que abandonar el avión de inmediato – le respondió ella.

Saulo miró a su alrededor y vio a una pareja de extranjeros, que estaban sentados cerca, así que tomó a la bebé y les dijo: “Necesito que lleven a esta niña durante el vuelo”, y salió rápidamente del avión. La pareja impactada y sin pronunciar una palabra, acogió a la bebé.

Álvaro, que estaba en la silla de delante de aquellos extraños, no paró de mirar hacia atrás. El pequeño sentía miedo y un gran vacío en el estómago. Esas personas eran unos desconocidos, no sabía si eran buenos o malos, si se robarían a su hermanita. Por su mente estallaban varias ideas de lo que podría pasar si se distraía y no cuidaba de ella. También le preocupaba cómo se iba a comunicar con esas personas si no hablaban español y él no sabía inglés.

Tenía ganas de ir al baño, quizá el miedo le provocaba esa necesidad. “Recordé que un amigo del colegio me decía que cuando tuviera ganas de ir al baño, pensara en todo menos en el agua. Así que eso hice para evitar perder de vista a mi hermana”.

La pasajera que cargaba a su hermana le cantaba una canción que él no conocía, pero que a la bebé parecía gustarle. En ese momento llegó a pensar que no podrían ser malas personas. Fanny había empacado un tetero por si a Liliana le daba hambre así que se lo dio a la mujer quien lo tomó y le sonrió.

Al momento de anunciar el aterrizaje, le dijeron a Álvaro que debía sentarse bien, mirando al frente y él con miedo obedeció.

Al llegar a Neiva, el pequeño no podía dejar de ver a la pareja que tenía en sus brazos a Liliana. Se bajó del avión caminando lentamente hacia atrás. De repente sintió que alguien tocó su hombro, se asustó, pero al voltearse descubrió que era su abuelo.

- ¿Dónde está tu hermana? – preguntó el abuelo, mientras miraba a su alrededor.

Álvaro, en silencio, solo señaló a la pareja de extranjeros quienes entregaron a la bebé. Hasta el día de hoy sigue siendo el viaje más largo de su vida.

Fanny, al contar su historia, piensa en lo imposible que sería que esta sucediera en la actualidad con todas las reglamentaciones que existen en los aeropuertos. Hoy en día, las normas siguen evolucionando: en la década de los noventa, los padres o adultos a cargo de niños de edades entre cinco y 12 años debían solamente diligenciar una carta responsabilizándose por el menor y entregarla en el despacho de la aerolínea correspondiente antes del viaje (El Tiempo, 1995).

En 2006 las reglas se formalizaron aún más a través del Código de la Infancia y la Adolescencia, también conocido como Ley 1098. Allí se reglamentaron una serie de trámites y permisos tanto para los menores que viajan sin acompañante, como para aquellos que, por ejemplo, viajaban solamente con uno de sus padres o incluso para los menores que no tenían representación legal (Ley N° 1098, Código de la Infancia y la Adolescencia, 2006).

Desde 2018, la Aeronáutica Civil exige que todo menor de siete años debe presentar su Registro Civil y su Tarjeta de Identidad si se viaja al interior del país, como en el caso de Álvaro y Liliana (Aeronáutica Civil, 2017). En la época de Fanny, sin tantas restricciones, muchas cosas podrían haber pasado en ese vuelo.

A sus 91 años, es abuela de ocho nietos y de cinco bisnietos. De vez en cuando, le gusta sentarse en la sala de su casa y mirar un álbum en el que aún guarda las fotos de ese día. La última vez que vio a un viejo y amargo amor, y el momento en que dejó de ser la esposa “abandonada” para convertirse en la madre y el padre de seis hijos.

El hombre de la 18C

“Arriesgarse es perderse un poco, no arriesgarse es perderlo todo”.

Vladimir Mayakovsky

Al volar, donde sea que alguien vaya, se crean encuentros con personas de todos los ámbitos de la vida. Si se está de buen humor, se habla sobre el momento del vuelo con extraños, se comparten experiencias y la gente se siente inspirada por estos caminos encontrados que a menudo son atípicos. Probablemente nunca se volverán a ver, pero estos encuentros son tan interesantes como extraordinarios, especialmente porque son efímeros. Es un poco como un Snapchat en realidad aumentada. Estos momentos desaparecerán de la realidad, pero serán tenidos en cuenta como una especie de anécdota o historia que contar.

15 de junio de 2016. Miami, Florida.

Suena el despertador. En 30 minutos, el taxi bajará a la Terminal 5 del aeropuerto internacional de Fort-Lauderdale. A Paula Cadavid, chef profesional y amante de los vinos, le encanta viajar con Copa Airlines. Es lo suficientemente raro como para dar un toque de lujo a su viaje. Nada loco en perspectiva, solo un regreso a su casa, Medellín. Al mismo tiempo, ese es, tal vez, el destino que más disfruta ahora que ya no vive allí. Siempre es lo mismo, la distancia trae personas y lugares amados.

Los taxistas de la mañana suelen ser un poco "gruñones", como dicen los estadounidenses. El de ese día es un poco desagradable, pero mientras la lleve donde necesita y en el momento correcto, no importa. Paula decide, de todas formas, poner los comentarios que se merecen los conductores en Kabbee, la aplicación para reservar taxis.

Finalmente llega al aeropuerto. Casualmente, sigue siendo agradable estar en un aeropuerto que aprecia, es parte de las pequeñas alegrías del viaje. Como de costumbre llega temprano, pero esta vez, no tiene demasiada energía para caminar por las tiendas del *duty free*. Las pocas horas de sueño comienzan a arder y no ve la hora de subir al avión, ponerse los auriculares y dormir una siesta. Duerme muy mal en los aviones, pero cuando la fatiga realmente está allí, en general, supera ese miedo irracional a las alturas y cae en un profundo sueño.

El vuelo va un poco tarde, ella espera en la sala de embarque y finalmente llega el momento de abordar. A la izquierda un asiento vacío, que permanecerá así durante todo el vuelo y que le dará la comodidad de estirar sus piernas; A la derecha, un caballero elegante que se levanta para abrir el compartimento de equipaje y la ayuda a guardar su pequeña maleta; a Andrea le gusta la cortesía de las personas en un avión.

Las azafatas desfilan y sonrían, el personal se junta para saludar y al cabo de unos segundos comienza una conversación con el elegante caballero del lado. Ella es una persona curiosa y luego de pocos minutos descubre que es un piloto de la famosa aerolínea American Airlines, quien acababa de terminar un viaje en Hong Kong y que simplemente desea visitar a su familia en Suramérica, precisamente en

Armenia, Colombia. De paso, Paula encuentra la oportunidad perfecta de darles respuestas a todas esas preguntas que tenía para un piloto desde hace tiempo.

Luego de 30 minutos, se da cuenta que no entiende la complejidad de la ciencia y la gravedad de volar, y toda la información entra y sale de su cabeza en cuestión de segundos. Solamente algo, bastante cliché y obvio, queda en su memoria: Sí, el despegue y el aterrizaje son los pasajes más delicados, y no, no es el momento más peligroso de un viaje. Al mismo tiempo, ¿qué podría decirle un piloto de avión aparte de que es seguro volar?

En ese viaje, Andrea aprende dos o tres cosas: que un piloto de avión se forma solo con un tipo de aparato, no diferentes aviones, que es posible hacer algunos sobresaltos en su carrera, pero extremadamente raro y que los pilotos del A380 solo viajan a un número limitado de destinos ya que las pistas de los aeropuertos no son aptas para recibir cualquier avión. Escucha historias, aventuras y anécdotas con interés y fascinación. ¡Qué vida de todos modos!

Un día en China, el otro en Sudáfrica o Estados Unidos y, al mismo tiempo, unas pocas semanas de descanso. Mientras tanto, la oportunidad de vivir donde quiera, una pasión por un trabajo sin igual y un orgullo por dedicarse a brindar la felicidad de los encuentros y la tristeza de las despedidas a todos los pasajeros.

Un viaje más

Este hombre, elegante y ocupado había manejado aviones por varias semanas pero hace tiempo no tomaba un avión como pasajero. Rodrigo Velázquez, de familia colombiana, es un residente del mundo. Un piloto comercial que tiene la dicha de ver diferentes amaneceres en todos los continentes y con un pequeño departamento en Manhattan, Nueva York.

Lo único que lo hacía sentir en un hogar, era vivir en la misma ciudad que su hermano, Gustavo. Desafortunadamente, él y su hermano fueron separados por la distancia, luego de que la compañía de su hermano mudara su sede principal a Florida. Unos meses más tarde, su cuñada dio a luz a su primer hijo y Rodrigo, complacido, viajó a conocer a su nuevo sobrino.

Excepto por un pequeño retraso, el viaje de Nueva York a Florida es sin dolor. La visita en sí no podría haber sido más agradable; Rodrigo siempre había adorado a su hermano, sentía amor, un amor de alegría y que era mutuo, pero también sabía que comenzaba a estorbar luego de unos días de estadía en su casa.

Esas pequeñas vacaciones, ya autorizadas, le dieron el impulso de volver a Colombia. Hace dos años no veía a su familia y es el momento perfecto, ya que tenía una licencia remunerada por parte de la aerolínea.

15 de junio de 2016. Miami, Florida.

Gustavo llevó a Rodrigo al aeropuerto, le dio un abrazo y se despidió con cariño cuando se acercaron al punto de partida. - Hasta la próxima - le dijo. Entró, compró una taza café y lo bebió mientras comió un sándwich de queso crema que su cuñada le había preparado cuidadosamente la noche anterior.

Rodrigo no sentía nunca nervios de pilotear un avión pero, por alguna razón, ser un pasajero más le quita control y le da un sentido de inseguridad. Luego de registrar su maleta, se dirigió a la sala y esperó que lo llamaran a abordar. Finalmente, en el avión, se dio cuenta de que se equivocaron en su reserva y que le asignaron el puesto del pasillo. Sin ánimos de discutir, ayudó a la señorita de su izquierda a guardar su maleta en el compartimiento superior y se acomodó para el que sería un largo viaje.

Varias veces, durante las siguientes tres horas y media, se preguntaba cómo sería volver a Colombia mientras la mujer que viajaba a su lado leía una revista, dormitaba o pensaba. Qué bueno sería tener un lugar a donde llegar, una casa fija. Vivir una vida más tranquila, tal y como la describía esa mujer cuando charlaban cada tanto. Fue una conversación amena y cálida. ¿Eran así todas las colombianas? Llevaba tanto tiempo por fuera del país que la frialdad de las estadounidenses era algo común y aceptable.

- Todos los pasajeros son invitados a relajarse por un par de minutos más, dice el piloto y después de otra media hora de espera en la cola de la pista, el avión se eleva suavemente en el aire.

Dos horas después, aterrizan en El Dorado. Cada quien con su afán, sus planes y su vida, pero a Rodrigo todavía le ronda en la cabeza la conversación que tuvo con Paula.

28 de agosto de 2017. Hong Kong, China.

Cuando Paula llega al aeropuerto, no puede encontrar ninguna señal o información de su vuelo en el tablero de salidas. Después de 15 días en busca de nuevas recetas gastronómicas, ya era hora de regresar a Florida. Va hasta la puerta más cercana, donde un agente aeroportuario está hablando por teléfono, pero antes de que ella llegue al escritorio, el agente la ahuyenta con un gesto de impaciencia.

Sorprendida, se queda mirando a su alrededor en busca de otros pasajeros. Ve a un hombre irónicamente conspicuo y uniformado, que, según explica, está en el terminal equivocado. Es un volante frecuente, pensó Paula. Viéndolo alejarse, pensó que esa cara se le hacía familiar.

Ella nunca había estado en este aeropuerto antes y solo podía maravillarse con su tamaño. Cuando finalmente llegó a la terminal que estaba buscando, también se asombró por el nivel desmesurado de gente que transitaba por allí. La multitud la hizo pensar en enjambres de insectos perturbados: lanzándose, zumbando y enojados. Miles de pasajeros parecían estar en la misma situación que ella.

Ya le habían advertido que uno de los sitios más impresionantes para quienes viajan a Hong Kong por primera vez es el aeropuerto. - A la mayoría de personas les encanta la eficiencia, la rápida conexión a la ciudad a través del Expreso del Aeropuerto. Te encantará, le dijo Misuki Mei, su guía turística y traductora oficial.

Además, ese aeropuerto es uno de los más laureados del mundo; ha ganado casi 40 premios de operaciones internacionales desde que se inauguró en 1998 y ha tenido una alta clasificación en la lista de los mejores aeropuertos del mundo de Sintrax durante ocho años consecutivos. Paula lo aprendió porque a ella le encanta entablar conversaciones con extraños y uno de esos fue un profesor Técnico de Operaciones Aeroportuarias (TOA) que ha tenido experiencia en diferentes aeropuertos Asiáticos.

Recientemente, el aeropuerto de Hong Kong perdió el primer puesto al más grande por culpa del Aeropuerto Changi de Singapur. Sin embargo, según Avia (expedidora de documentos oficiales de los aeropuertos en Asia), Hong Kong sigue manejando más tráfico de pasajeros: 72.9 millones en el año 2017 (Hong Kong International Airport, 2017).

Cuando Paula vio que la fila del mostrador de atención al cliente se extendía hasta donde le alcanzaba la vista, una sensación de impotencia se apoderó de ella y también algo al borde del miedo. Había oído hablar de este tipo de caos aeroportuario, pero nunca había experimentado algo así. Esta vez, había algo en la atmósfera, una vibración, un olor, que le hacía correr la sangre, como si hubiera entrado en un territorio desconocido y de alguna manera inseguro.

Mientras esperaba a que su vuelo saliera, Paula pasó el tiempo escuchando las conversaciones interesantes de las personas a su alrededor. Esos extraños, todos hablando en inglés, parecían ser viajeros frecuentes; tenían mucho que decir sobre los viajes aéreos en general.

Luego escuchó una serie de historias de terror, algunas tan salvajes que ella no podía creer que fueran ciertas. Historias como la de un pasajero que volaba en primera clase y que fue comido vivo por las chinches. Otra sobre escorpiones vivos en la papelera superior en un avión y una, un tanto asquerosa, sobre gusanos que caían sobre los pasajeros desde el compartimento superior de la nave.

Paula no podía tomarlos en serio, eran tan crédulos como niños. Quería contar algunas de sus experiencias, pero ella es una persona demasiado tímida para

interrumpir las conversaciones y especialmente para burlarse de ellas. Se dedicó a escuchar atentamente y sonreía para sí misma.

De repente, el hombre uniformado comienza a hablar sobre las demoras en los vuelos que se extienden de un par de minutos a un par de horas. Comienza a hablar sobre un viaje que hizo a su tierra natal Colombia y cómo el viaje se había extendido un par de horas al aterrizar.

Ella dejó de sonreír bruscamente y finalmente reconoce la cara del hombre. Era él, el hombre de la 18C.

- Hace mucho no iba a Colombia. En ese viaje me di cuenta de lo mucho que extrañaba mi país. Todo gracias a una mujer sentada a mi lado, dijo él.

Al volar, donde sea que alguien vaya, se crean conexiones con personas de todos los ámbitos de la vida. Este reencuentro, especialmente este, la hizo sonreír, dejó de ser un encuentro efímero. Rodrigo estaba cambiado, algo en su rostro era diferente, sus rasgos o su pelo, en conjunto no parecía ser él. Quizá no lo había detallado lo suficiente para reconocerlo. Pero algo le decía que era él y se arriesgó.

- Fui yo - dijo Paula, tímidamente. - Yo era la persona que iba a su lado en ese avión, explicó en voz baja - Recuerdo que hice muchas preguntas, tantas, que después de un tiempo me hice la dormida para que no sintiera la obligación de hablarme.

Él sonrió. Esa sonrisa lo convirtió aún más en una cara familiar. ¿Cuáles eran las posibilidades de esto? A miles de kilómetros lejos de casa.

- ¿Qué haces en Hong Kong?, le preguntó ella - ¡Ah es cierto! Seguramente estás viajando y volando por todo el mundo, ¿verdad? ¿O acaso también tienes familia acá? - agregó sin dejarlo responder. Rodrigo seguía sonriendo.
- Nunca dejas de hacer preguntas, ¿verdad?, le respondió - En realidad no, esta vez soy un turista más. Después de mi viaje a Colombia me di cuenta de que ser piloto me daba el privilegio de visitar muchos países. Sin embargo, nunca había dado la oportunidad de verdaderamente disfrutarlos; de conocerlos y cuestionarlos.

Rodrigo se convirtió en educador en varias academias de aviación en Nueva York. Lo disfrutaba y aunque sus lujos se redujeron significativamente, sentía paz al tener los pies sobre la tierra.

- Ahora, ¿qué hace una persona que tiene todo en La Florida, tan lejos de casa? - Era la primera pregunta que Rodrigo le hacía a Paula desde su primer encuentro.

Paula habló aproximadamente unos 15 minutos sobre su experiencia gastronómica. Él la miraba fascinado. Finalmente llamaron a abordar. Paula deseaba más que nunca que Rodrigo se sentara a su lado. No pasó, sería mucha coincidencia que estando tan lejos de casa, ese mismo hombre la acompañara en el largo viaje de regreso. Ella sonreía sin saber el porqué, de repente la altura no la asustó tanto y decidió no usar sus audífonos para no perderse ni un detalle del vuelo.

Al aterrizar, Rodrigo le ayudó a Paula nuevamente con su equipaje. Extrañamente, el silencio no era incómodo. Se hacían compañía en la fila de inmigración, mientras esperaban las maletas e intercambiaron números. Rodrigo había estado muchas veces en Florida, pero nunca como turista. Salirse de su papel de piloto era difícil, se perdía de muchos detalles, pero sabía que Paula era un detalle que definitivamente no quería perder.

8 de diciembre de 2017. Miami, Florida.

Paula se encontraba enfrascada en un terrible tráfico y temía llegar tarde. En 30 minutos debía estar en el aeropuerto internacional de Fort-Lauderdale. Dos años atrás, en ese mismo aeropuerto, se cruzó con un elegante caballero. Rodrigo nunca le hizo muchas preguntas, y nunca fue una persona amante de las conversaciones, pero Paula lo fascinaba, podía escucharla por horas y no se cansaba de admirarla. Luego de su segundo encuentro en Hong Kong, siguieron en contacto. El 28 de noviembre de ese mismo año, Rodrigo le hizo a Paula la segunda pregunta más importante desde que se conocieron:

- ¿Quieres casarte conmigo?, preguntó.

Paula, quien nunca paraba de hablar, quedó atónita, sin palabras.

- Sí, le respondió. Fue la respuesta más concreta y corta que ella había dado en toda su vida.

Después de un corto viaje, Rodrigo llegó a Florida. Afortunadamente, Paula logró superar las trabas del tráfico y lo esperaba con una sonrisa en la puerta de llegada. Él ya no era un piloto, ya no era un ciudadano del mundo. Ella, dejó su miedo a volar y se dio cuenta de que un vuelo, un entorno de sentimientos tanto extraños como familiares, se convirtió en el mejor viaje de su vida.

Si se está de buen humor, se habla con extraños en un avión, se comparten experiencias y la gente se siente inspirada por estos caminos a menudo atípicos. Tan atípicos, que logran convertirse en momentos eternos.

Mi vida en un avión

"La vida es algo más que ser una pasajera".

Amelia Earhart

María Mercedes se prepara un té caliente, como esos que alguna vez tomó en uno de sus tantos viajes a Inglaterra. Le gusta tomarlo con unos palillos de azúcar cristalizada y lo acompaña con unas deliciosas galletas que saben a mantequilla.

Acerca la taza a sus labios y recuerda el pasaje de un libro en el cual un personaje juguetea con una idea oscura, pero que, de alguna manera, se parece a las cosas con las que fantasearía una auxiliar de vuelo estando a 12.000 pies de altura: *“Creía (o le gustaba creer que creía) que cuando uno está en Barcelona aquellos que están y que son en Buenos Aires o el D.F. no existen”*.

“Estas ideas o estas sensaciones o estos desvaríos, por otra parte, tenían su lado satisfactorio. Convertía la fuga en libertad, incluso si la libertad solo servía para seguir huyendo. Convertía el caos en orden, aunque fuera al precio de lo que comúnmente se conoce como cordura” (Bolaño, 2004, págs. 243-244).

Cientos de veces imaginó, desde el avión, cómo se construían cada una de esas ciudades en las que aterrizaba. Fantaseaba con que un montón de seres diminutos engranaban la ciudad para ponerlo todo en orden. Soñaba con que su mirada dirigía el ensamblaje.

Creía, en esos momentos alucinantes, que todas las realidades con las que se encontraba, adquirirían la forma adecuada al encontrarse con su presencia. Es inevitable que las personas que trabajan en el cielo no adquieran ciertas ínfulas de dios.

Decidió ser auxiliar de vuelo tras la muerte de su primer hijo, un bebé que falleció a los 18 meses por una hepatitis fulminante. Ella y su esposo, el médico Duván Laguado, vivirían el resto de sus vidas con una inmensa tristeza y el corrosivo sentimiento de culpa que se experimenta ante esta clase de pérdidas. Para intentar aliviar el dolor que lo acompañaba a diario— y que le recordaba la paradoja de ser médico y no haber podido salvar la vida del paciente más importante que tendría — Duván resolvió que debía alejarse de todo y ejercer su profesión en un lugar desconocido.

Eligió el departamento del Atlántico como refugio. Allí podría viajar por numerosos pueblos, ayudar a los enfermos y encontrar la paz interior; aquella que se constituye como promesa para todo el que alguna vez decide irse de la ciudad y llevar una vida rural y pausada. Como si el irse de la ciudad lo hubiera alejado del ruido y el

desorden que lo afligía. El problema era que entre más encontraba silencio, más escuchaba la voz de la culpa.

Como la pareja no tenía mucho dinero, María Mercedes se convirtió en auxiliar de vuelo de Avianca, porque de esa manera tendría la posibilidad de viajar constantemente y visitar a su esposo. Durante dos años, se encontraron en la sala de espera del aeropuerto Ernesto Cortissoz de Barranquilla, donde podían verse tan solo cinco minutos, mientras la tripulación desembarcaba y se iniciaba el vuelo de retorno a Bogotá. Esos encuentros efímeros la hicieron apreciar y estar más consciente de su sentido del tacto: estrecharlo, sentir su piel, encontrar el remanso y el consuelo en un abrazo.

Desde que empezó a ejercer la profesión, se enfrentó a los prejuicios sociales y al acoso. En la época en que María Mercedes decidió ser auxiliar de vuelo, la sociedad no estaba lo suficientemente preparada para entender este tipo de trabajo femenino. ¿A quién le cabe en la cabeza ser madre si no se está en la casa cuidando de sus hijos y de su esposo? “Teníamos un estigma, nuestro trabajo era mal visto. La gente pensaba que éramos "sin vergüenzas", como si fuéramos prostitutas”, dice. Para una sociedad provincial y en evidente atraso, las auxiliares de vuelo parecían más bien brujas: mujeres, voladoras, sin aparentes ataduras.

La profesión de auxiliar de vuelo se remonta a 1911. La primera mujer en ejercerla fue Ellen Church, en un vuelo de Oakland a Chicago, Estados Unidos, en 1930. Por ser mujer, Church no pudo pilotear un avión; así que tuvo que estudiar enfermería para poder asumir el cargo de asistente de vuelo, pues en la época había que especializarse en esa disciplina por si, eventualmente, los pilotos requerían de primeros auxilios (National Geographic Traveler, 2017).

Una década antes de que María Mercedes ejerciera como auxiliar de vuelo, una alemana, Angelika Helberger, fue la primera mujer en pilotar un avión comercial en Colombia. Su ascenso a comandante se vio frustrado cuando quedó embarazada. Justo cuando recién empezaba la siniestra década del 80 (El Tiempo, 2015).

Colombia, en su eterna vocación de horror vio pasar ante sus ojos crímenes aterradoros que dejaban sin aliento a sus habitantes. Una nueva explosión en el oleoducto Caño Limón- Coveñas. Una nueva masacre perpetrada en un pueblo perdido. Otro asesinato en las calles de la ciudad. La tierra se teñía de sangre y el cielo de pasajeros que decidían imponerse un exilio voluntario. María Mercedes trabajaba a un ritmo desenfrenado.

La década finalizó con el accidente del vuelo 203 de Avianca cuyos 101 pasajeros tenían como destino llegar a Cali. El Boeing 727 de la compañía explotó sobre el municipio de Soacha. Aunque nunca reconocieran la autoría del crimen, la sociedad le atribuyó los muertos al Cartel de Medellín. Un año después, Carlos Pizarro caía asesinado dentro de otro avión. Los violentos convencieron al país de que volar no era seguro y que la institucionalidad era vulnerable. En María Mercedes, y en sus compañeros de trabajo, germinaba el miedo y la angustia (El Espectador, 2017).

Volar por todo el mundo acentuaba la sensación de irrealidad y de exilio que poco a poco se apoderaba de su vida. Conoció cosas que en su niñez jamás imaginó que podría experimentar: hoteles de lujo, personajes famosos, viáticos elevados y placeres que no encontraría la mayoría de sus compatriotas. Pero la consecuencia de todo eso era que se establecía con mayor fuerza la sensación de estar viviendo una ficción. Necesitaba dejar de 'andar por las nubes' y relajarse un poco.

Por esa razón, visitaba con mucho entusiasmo cada lugar en el que aterrizaba. De pronto necesitaba estar entre las cosas reales, sentir la tierra bajo sus pies, para convencerse de la legitimidad de su propia existencia.

Aunque lo hacía siempre sola, a la mayoría de la tripulación con la que viajó le daba pereza salir a conocer las ciudades a las que iba. "Para mí eso era increíble, era insólito pensar que ni siquiera les generaba curiosidad. Hay gente que ha viajado 'millones de veces' a Nueva York y no conoce la iglesia de San Patricio, salen a la esquina y se pierden. Eran muy diferentes a mí. Muchos se perdieron de caminar por Soho, entrar a una obra de teatro, conocer el museo de Madame Tussauds, entender la arquitectura de distintos lugares o conocer un restaurante clásico ¡Tantas cosas!".

Uno de los viajes que más recuerda ocurrió en 1997. Era un vuelo Bogotá-Londres. Ese día vestía un sastre azul, una camisa con rayas blancas y la típica capa roja de Avianca. Saldría desde Bogotá un vuelo de 12 horas. Lo que María Mercedes no sabía era lo que encontraría en Londres, un pueblo devastado tras la muerte de la princesa Diana de Gales.

Sobrevolaron Londres a las 12 m. e hicieron un minuto de silencio por la muerte de la princesa Diana. El piloto hizo una aproximación para que vieran la multitud que había en las calles. Al aterrizar, la primera noche se instalaron en un hotel del aeropuerto Heathrow, porque por la congestión en las calles les fue imposible quedarse en un hotel ubicado en la calle High Kensington Street, cerca al palacio

que lleva el mismo nombre. Entonces el segundo día los recogieron en unos buses grandes para que se hospedaran en un hotel llamado Royal Garden. “Nunca olvidaré el olor a flores al abrir la ventana de mi habitación. Para mí fue impresionante porque en mi vida había visto tantas flores. Rodeaban el Parque de Kensington”.

María Mercedes recordó la tristeza que contagiaba el ambiente: “Los ingleses eran personas muy secas, pero la gente estaba muy triste por la muerte de su princesa. Se sentía que la mujer era un ícono porque la ciudad parecía haberse detenido en el tiempo. Me asombró el respeto hacia el homenaje, cada día había más flores”.

Los muñecos que la gente dio para el homenaje de Diana fueron donados a todas las instituciones de niños que la princesa respaldaba. Las flores las convirtieron en abono. A donde miraba había velas, camisas, gorras, todo lo imaginable para honrar a la princesa. “Siempre recordaré ese viaje, sus aromas, la tristeza de todo un pueblo por una mujer que cambió con su carisma y nobleza la vida de muchos”.

Un día del año 2001, María Mercedes decidió que había llegado el fin de su carrera como auxiliar de vuelo. Después de 21 años de ejercer la profesión, descubrió que prefería estar en tierra. Ya se había perdido de muchos cumpleaños, navidades y celebraciones. La firmeza de la tierra le confería cierta seguridad para convencerse a sí misma de que no se puede vivir por los aires toda la vida.

Poco a poco fue entendiendo que trabajar en aviones enseña muchas cosas sobre ser humano y sobre estar vivo. Estar encapsulado en un artefacto que viaja a cientos de kilómetros por hora tal vez enseña algo sobre la pequeñez e insignificancia.

Pero volar también enseña otras cosas más amables, o por lo menos no tan nihilistas. Somos seres valientes, resilientes, con capacidad para amar y respetar al otro y entender esa “otredad” como algo valioso y con derecho a la existencia. Enseña sobre el pánico, pero también sobre la fuerza. Enseña que, a veces, el miedo desemboca en profunda solidaridad y preocupación por el otro. Enseña sobre servir a los demás y sentir un profundo respeto por ellos, aunque sean diferentes. Entendió que, durante todos esos años, finalmente lo había comprendido, pero al estar abajo, por fin, podía decírselo a sí misma y sentirse satisfecha por ello.

Con cada uno de sus viajes María Mercedes se sintió aún más conocedora, empática y abierta a la diversidad que hay en el mundo. En el cielo se vislumbra la

silueta de un avión que María Mercedes contempla a través de su ventana. Le quedan ganas de otra taza de té.

Adiós Mr. Boots

*“No hay nada mejor que la adversidad.
Cada derrota, cada corazón roto y cada pérdida
contiene su propia semilla”.*

Malcolm X

- Han pasado ocho años desde que empezamos la obra... y ocho también desde que pasamos de una pérdida a una nueva pérdida - dijo Mauricio Vélez, uno de los artistas que conforma la dupla artística y matrimonial de *Abstractus*.

Para él y su esposa, Ximena Steevens, recordar lo que ha ocurrido desde 2010 es como recrear diferentes vidas a punta de *flashes*. Puntos altos, puntos bajos, lugares conocidos y lugares por conocer. Para ellos, los últimos años han sido un vaivén de emociones y de experiencias creativas que fluyeron casi por inercia.

Abstractus es el nombre que le quisieron dar a su matrimonio profesional, un proyecto de arte y la manera de ganarse la vida. Pero dejando el trabajo de lado... Solo se tienen a ellos mismos, una familia de dos que con sus maletas y su arte como pasaporte ha tenido aventuras por todo el mundo.

Su historia artística empezó en España, donde Ximena planeaba estudiar una maestría y empezar a trabajar después de haberse graduado como publicista en Bogotá. Para ese entonces, en 2000, llevaban poco más de un año de novios, pero habían cultivado una amistad desde que se conocieron en el primer semestre en una universidad bogotana, aunque Mauricio se había retirado unos semestres antes de terminar la carrera.

A él nunca le había convencido realmente la educación convencional y, además, si tenía algo bien claro era que en el futuro quería dedicarse a ser artista. No porque fuera el que mejor dibujara, sino porque simplemente sentía una pasión especial y única por el arte.

- Desde pequeño aborrecí la educación impuesta. Odié el colegio, odié la universidad, porque yo sabía lo que quería hacer: pensar, sentir, vivir. No necesitaba que nadie me dijera qué tenía que hacer y Ximena me ofreció otra visión del mundo, dijo él.

Ella, por su parte, terminó sus estudios y, siendo muy joven, se impregnó de independencia. Se pagó parte de sus clases y se compró un carro incluso antes de sostener el diploma en sus manos. Pero una vez lo obtuvo, vendió el automóvil para poder viajar a Europa.

Hasta ese momento, la vida de Ximena había sido marcada por la pérdida. Su mamá, Norma Constanza, había fallecido cuando ella era apenas una niña. Era hermana mayor y desde ese entonces empezó a asumir un rol de responsabilidad frente a su hermanita Katherine.

Eduardo, su papá, se volvió a casar, algo que se sintió como una segunda pérdida para Ximena. Y aunque tenía una relación cercana con él, era difícil sentirse como parte del núcleo familiar. Él y su madrastra tuvieron otros hijos y ella se sentía como

una intrusa en su misma casa. Al crecer consideraba que había momentos en los que sólo su perro Tomás, un labrador dorado, la acompañaba y la ayudaba a escapar.

Recién salida de la adolescencia, después de haber completado una carrera y una vez se abrió la posibilidad de salir a conocer el mundo, tomó la decisión de dejar a su familia, aunque eso significara que quizá no podría dedicarse al arte para poder sostenerse en el mundo profesional, algo que ella también había soñado por un tiempo.

Justo en ese momento, Mauricio estaba atravesando uno de los momentos más dolorosos de su vida. Su mamá acababa de fallecer tras una batalla contra el cáncer. Ximena, quien había estado siempre pendiente de él, le soltó una idea: irse juntos a Europa para volver a empezar; abrir una puerta para aprender de arte en uno de los continentes con mayor riqueza cultural del planeta.

- Yo podría haber vivido dentro de una cueva toda la vida y nunca haber salido de ella. Ximena, al irse a Europa, me obligó a irme al mundo con ella. Tuve problemas en mi casa, caí en drogas, en trago, pero eso, en vez de ser una 'vaina' negativa que me volviera un bueno para nada, me abrió químicamente la cabeza como un reactor nuclear y la relación con Ximena se convirtió en una fuerza creadora e imparable, recordó Mauricio.

Apenas llegaron al Aeropuerto de Barcelona – El Prat, arrancó su primera hazaña. En Cataluña, Ximena entró a trabajar en el mundo financiero, a pesar de que sabía que lo suyo era el arte. En el momento escogió ese camino: el que le permitía un soporte económico fuera de casa y le daba la oportunidad de ser independiente, como ella había querido ser.

Mauricio pasaba mucho tiempo por su cuenta, caminando por las calles, leyendo y encontrándose a sí mismo. Ximena se había logrado adaptar a la vida laboral, se integraba bien con los catalanes, pero, poco a poco, se dio cuenta de que la vida de oficina quizá no era lo suyo. Intentaba luchar contra la idea de desistir porque no pensaba regresar a Colombia en un tiempo cercano, pero no podía mentirse a sí misma. Esa no era la vida que quería construir.

Renunció a su trabajo y se unió a Mauricio en la búsqueda por encontrar una identidad y un propósito en el arte, ya se las arreglarían para sortear el tema económico. Juntos recorrieron varios países rastreando sus influencias, encontrándose con las obras de artistas que les llamaban la atención y conociendo nuevos estilos de arte de gente joven como ellos. Mauricio y Ximena se sentían motivados y un poco más completos.

- La academia está muy enquistada en una forma de pensar muy específica, en memorizar, en no reconocer la diversidad de opiniones. El arte nos

permitió asimilar esas influencias que se enarbolaron y se exacerbaron, porque uno tenía la posibilidad de estar *in situ* dentro de las mismas influencias y capturar su sentido y su contexto, contó Mauricio.

Lentamente, y de manera empírica, fueron desarrollando la técnica para llegar al concepto que llamaron *Abstractus*. Después de dos años de vivir en Europa, decidieron que sería una buena idea aislarse de todo para poder continuar su proceso creativo, así que regresaron a Colombia. El Aeropuerto El Dorado, viejo y no muy grande en ese momento, los veía regresar por primera vez, recargados y con la maleta llena de experiencias.

Escogieron vivir en una finca en Mosquera, que pertenecía a la familia de Mauricio. Estarían lejos de la ciudad y los dos podrían concentrarse en sacar su proyecto adelante. Ximena visitaba a su familia de tanto en tanto, pero bajo otras condiciones. En las noches, recogía a Tomás, su perro, y lo llevaba a la finca para que pudiera correr cuanto quisiera. Al salir el día lo volvía a llevar a Bogotá o a veces el perro se quedaba a dormir otra vez.

Pero la sombra de la pérdida se acercó de repente otra vez y reencontró a Ximena rápidamente con el dolor del pasado. Eduardo, su padre, falleció justo ese año cuando ella y Mauricio regresaron a Colombia. Ximena supo en ese momento que quería permanecer en el país para cuidar a su hermana Katherine, que acababa de cumplir 18 años.

Se llevaron del todo a Tomás para el campo e intentaron sobrellevar la pérdida de a pocos. Ximena y Mauricio se casaron, se adaptaron a una vida silenciosa e introspectiva, donde el arte fluía y donde *Abstractus* no tenía conexión permanente con las altas esferas del arte colombiano. Viajaban a Bogotá cada tanto. No les iba tan bien con las galerías, pero sí con clientes particulares. Creaban obras, las vendían y así vivían en su pequeño, y a la vez inmenso, espacio en el mundo. Tomás los observaba, corría y también disfrutaba de su pedazo de paraíso.

Empezaron a usar materiales reciclables como insumos para el arte. Como en la finca no había agua potable, la pareja usaba enormes envases plásticos para almacenar agua limpia y así lavar los platos, cocinar, lavarse los dientes y darle de beber a Tomás. Con el tiempo, fueron acumulando tantas de esas grandes botellas que incluso esa adaptación a la vida rural los inspiró a crear una obra que, tiempo después, les permitiría participar en Art Chicago, una importante muestra artística en Estados Unidos.

Pero ese no fue su primer acercamiento con ese país. Ximena y Mauricio habían hecho varias pausas en su vida en Mosquera para exponer y buscar opciones afuera. Cuando se iban por unas semanas, Katherine cuidaba a Tomás y así ellos podían salir a trabajar sin preocupaciones.

Alistaban sus maletas y su pasaporte se convertía en la llave que abría la puerta a sus inspiraciones. Aterrizaron una segunda vez a Europa, se enamoraron de Londres, pero también viajaron a Nueva York, donde hacían peripecias para destacar su arte, ya que a veces sentían que estaban en lo más bajo cuando mostraban su obra en Colombia.

Los esposos se metían en pomposas galas y subastas a las que iban casi disfrazados en completa elegancia para ponerse en contacto con la élite del arte de esa ciudad, y les funcionó. Lograron conseguir un contacto para que una de sus obras llegara a las oficinas en la Quinta Avenida neoyorquina del ahora presidente de Estados Unidos, Donald Trump. Aunque ya no les emociona, una de sus obras le pertenece a él.

En otro de esos eventos conocieron a uno de los hijos de Plácido Domingo quien se interesó por una de sus piezas. Ximena y Mauricio se turnaban para hablar con toda clase de gente, se armaban de valor y difundían su trabajo sin perder alguna oportunidad. Incluso si eso implicaba aparentar ser personas completamente diferentes en ciertas ocasiones.

- El medio artístico es como irse a la guerra pensando que uno puede salvar el mundo, contó Mauricio - Ya en la guerra uno se da cuenta de que la gente es muy superficial y tú tienes que ser lo que no eres.

Aunque el círculo del arte era complejo, tanto en Colombia como en Estados Unidos, vieron que quizá su trabajo podría tener un espacio en el mundo artístico de una ciudad tan movida como Nueva York, y no sobraba intentar. En 2008 decidieron darle una oportunidad, pero antes de trasladar toda su vida a uno de los lugares más costosos del planeta, decidieron ubicarse primero en Miami pues la opción era más económica y una vez allí podrían tramitar con más facilidad los papeles para vivir en Nueva York.

Y así lo hicieron, o al menos lo intentaron. Justamente ese terminó siendo un año nefasto para la economía estadounidense y, por consiguiente, para todos los que vivían allí. Aunque ya estaban tramitando los papeles con la ayuda de un abogado, la movida artística en ese estado cayó.

- Cuando llegamos allá, justo estalló la crisis. Craig Robins, que era una especie de patrocinador de bienes raíces del distrito del arte y diseño en Miami, empezó a pedir estudios y a cerrar galerías. Parecía como si todo ese movimiento se fuera marchitando en el momento en que llegamos, dijo Ximena.

Sin más remedio, Ximena, Mauricio y Tomás se devolvieron a Colombia con varios de los 'chécheres' que habían llevado a los Estados Unidos, sin la suerte de haber

habitado la Gran Manzana. El Dorado los esperaba nuevamente, pero esta vez los veía llegar con Tomás, ya cansado de tantos ires y venires.

Los tres se devolvieron a su callada Mosquera para continuar su vida y su arte desde ahí. Pasaron dos años de calma y evolución hasta que una sucesión dolorosa de eventos en 2010 fue la que los retó por completo.

- Después de nueve años juntos, murió nuestro perro Tomás y se inundó la finca, contó Mauricio con tristeza.

Dos olas de inmensa amargura, una tras otra. Un adiós a Tomás, que ya había cumplido 13 años de vida, y una casa llena de agua. Obras destruidas por la inundación y un dolor inmenso por otra pérdida.

- Cuando yo tenía cinco años nos llevaron a una finca y a mi hermano y a mí casi nos matan unos perros, recordó Mauricio. - Desde ahí, les tuve mucho miedo hasta los nueve años, cuando nos regalaron una perrita que yo adoraba porque ella y sus camadas de perros me defendían hasta de mi papá. Cuando conocí a Tomás, que era un labrador grande y grueso, supe que era el perro más noble que había visto. Él ha sido, además de Ximena, el mejor amigo que yo he tenido, dijo Mauricio, - Cuando murió, para mí fue algo devastador, lloraba todos los días. Ximena lo tomó con más calma. Ella vio que Tomás se fue degradando y yo usualmente no pienso en eso: no pienso en el ayer ni en el mañana. Yo vivo en el hoy.

Ximena y Mauricio sentían que necesitaban volver a comenzar. Intentaron rescatar lo que pudieron y se mudaron a Bogotá. Curiosamente, uno de sus coleccionistas en Colombia era el director político de la Embajada de Canadá. En medio de la difícil situación, él les comentó acerca de una posibilidad que le brindaba el gobierno canadiense a artistas extranjeros para obtener la residencia en ese país por méritos artísticos.

Ximena y Mauricio nunca habían contemplado la posibilidad de trasladarse a Canadá. Ella siempre había sido de climas cálidos, de sol y playa, como los del Mediterráneo, y nunca se había soñado en un sitio como Canadá. Sin embargo, la pareja decidió intentarlo; un cambio sería refrescante y, de todas formas, después de enviar la solicitud, la respuesta se demoraría dos años en llegar. Era un procedimiento demorado para cualquiera que decidiera aplicar.

Durante esa época de espera, y sin haberlo planeado, *Abstractus* se ingenió un nuevo proyecto. Mauricio y Ximena comenzaron a moldear una escultura, la de un perro pequeño, blanco, con manchas negras, al que decidieron llamar Mr. Boots (Señor Botas).

No se parecía en nada a Tomás, tenía la apariencia de Bull Terrier con ojos azules y usaba botas naranja. Fue más una catarsis ante la pérdida, que un homenaje a su perro.

- Alguien nos decía en algún momento que tal vez las botas llegaron a la escultura de manera inconsciente por el tema de la inundación y el agua, dijo Ximena -, pero todo salió de manera muy natural.

No tenían muy claro qué querían hacer con Mr. Boots. ¿Haría parte de una exposición?, ¿crearían otras esculturas como él? No lo sabían, por un tiempo fue solo una compañía.

Pasaron los dos años, la respuesta de Canadá no llegaba. Ximena estaba buscando otras posibilidades como una maestría en arte público en Alemania, pero nada se había concretado. Escribió a la Embajada una carta exigiendo al menos una notificación de rechazo a la solicitud.

Poco tiempo después les confirmaron que habían sido elegidos por su mérito artístico para ser acogidos como residentes canadienses. Tenían apenas dos meses para enviar todos los papeles y seis para viajar. Corrieron con el papeleo, hicieron sus maletas, se llevaron a Mr. Boots con ellos y se embarcaron en una nueva aventura. Otro comienzo en un nuevo país. El Aeropuerto Internacional de Toronto Pearson los recibió con la ola de frío más grande que la pareja había experimentado en su vida.

- Justo llegamos en el invierno más fuerte en tres años. No pudo ser en pleno verano, bromeó Mauricio.

Los primeros días en Toronto fueron difíciles. No estaban acostumbrados a temperaturas bajo cero y no podían salir a la calle ni conocer la ciudad, ni a sus vecinos. Después de haberse instalado y cuando las temperaturas empezaron a subir ligeramente, Mauricio y Ximena, con Mr. Boots en mano, decidieron que descubrirían la ciudad de una manera diferente.

- Sacamos a 'pasear' a Mr. Boots por las calles e interactuábamos con toda clase de personas. Pasábamos por barrios elegantes y zonas deprimidas de Toronto y teníamos encuentros muy interesantes, contó Ximena.

Su nuevo proyecto artístico consistiría no sólo en conocer la ciudad con Mr. Boots, llevándolo a distintos lugares y documentando el proceso en fotografías, también buscaban descubrir la reacción de las personas frente a Mr. Boots mientras hacía las veces de un perro común y corriente.

- Una vez nos encontramos a un borracho justo al frente de una licorera y nos miraba muy mal cuando nos tomábamos fotos con el 'perro' en la calle, empezó a narrar Mauricio.
- El señor estaba histérico y le gritaba a los turistas por qué odiaba las fotos. Le preguntamos si quería una foto con el perro y su actitud cambió. El señor se puso feliz, abrazaba a Mauricio y era muy chistosa la situación.

Y así se llevaban a Mr. Boots por ahí. A veces podían dejarlo parado en la esquina de una calle y alejarse un poco para ver cómo reaccionaban los peatones frente a la escultura.

- En una ocasión estábamos pasando por un hogar geriátrico y los abuelitos que vivían ahí tenían la costumbre de poner un plato con agua para los perros que pasaban al frente del edificio. Entonces nos vieron y empezaron a decir, "¡Ay no, llenen el plato que no tiene agua para el perro!", recordó Mauricio.
- Aunque claro, no falta el que pasa y lo mira a uno como "¿qué hace esta gente tan ridícula?, ¿qué están pensando?", pero hasta nos cambiaba la cotidianidad y nos ponía a pensar en cómo uno mismo es el que logra generar esa situación absurda para esa persona en ese lugar, dijo ella.
- Así fue como nos dimos cuenta de que no hay una mejor manera para conocer una ciudad que a través del arte público, con la escultura en el espacio abierto, añadió Mauricio.

Y el recorrido no paró en Toronto. *Abstractus* se llevó a Mr. Boots por otras dos ciudades, Quebec y Montreal, y también documentaron todo el proceso. Con el perrito incluso se colaron a un matrimonio para tomar fotos, pero en vez de echarlos, a los invitados les causó risa la situación. Cada acercamiento con las personas en cada situación particular los alejaba de la soledad y los reconectaba con el mundo.

Empezaron a planear 'El Diario de Mr. Boots', una exposición que integraría las fotografías del perro viajando por Canadá, lienzos trabajados con técnica mixta de yeso con base en otras fotos que tomaron del recorrido y la exhibición de la escultura.

"La melancolía de lo perdido, el anhelo de compañía y de la calidez del hogar, representado por Mr. Boots entronca completamente, por su nostalgia, con series llenas de desaliento, como *Natura-lesa* (2003), pero a la vez supone una superación de esta tristeza y absurdidad casi existencial. Todo el proyecto coge un impulso vitalista, arraigado a la realidad de la ciudad, a lo positivo y brillante de lo cotidiano, a la mirada atenta y cariñosa del conciudadano que arroja a la mascota como a uno de los suyos", contó Margarida Güell, licenciada en Historia del Arte por la

Universidad de Barcelona (España), máster en Historia del Arte moderno por la Universidad de Paris y quien ha conocido de primera mano el recorrido de Abstractus.

En 2016, después de haber pasado un tiempo considerable en Canadá, Ximena y Mauricio se dieron cuenta de que aunque habían logrado meterse en el nicho de arte canadiense y su trabajo era valorado, el dinero que recibían por su trabajo no les permitía costear el estilo de vida que llevaban en Canadá.

Volvieron a pensar en cuál sería su siguiente movida porque en ese país no podrían vivir únicamente del arte. En Colombia les encomendaron varios trabajos, así que decidieron volver por una breve temporada, nada definitivo, lo suficiente para poder buscar ingresos y llevar consigo la exposición de Mr. Boots.

Ximena y Mauricio se fueron antes, el Aeropuerto El Dorado, totalmente modernizado, los recibía con temperaturas frías pero no bajo cero y eso les gustaba. Decidieron dejar en Montreal a Mr. Boots con un amigo llamado Nicolás. Hacían eso algunas veces, dejaban obras en Canadá y las mandaban traer por correo para evitar encartes y daños.

Nicolás mandó a Mr. Boots en un paquete a través de la compañía Canadá Post. La idea era que el 'perro' llegara a Toronto y se quedara en la oficina de aduana de una ciudad llamada Mississauga, un sector cercano, donde se ubica el Aeropuerto Internacional Toronto. Allí, un conocido de Ximena que era agente de Aduanas lo enviaría directamente a Colombia.

Pero poco tiempo después del envío, el Aeropuerto de Toronto se quedó esperando el paso de Mr. Boots. La escultura se perdió en el camino y la empresa de envíos no dio razón de ella. El último registro del servicio de correo arroja que Mr. Boots efectivamente llegó a Mississauga, pero la teoría que tiene la pareja es que el paquete fue robado, aunque no hay ninguna certeza. Otra pérdida, pero esta vez de un objeto, uno lleno de significado y experiencias.

- Hubo un cierre un poco poético y triste porque Mr. Boots era parte de una obra que trataba de emular el manejo de la pérdida y cómo a partir de ese dolor es posible reconstruirse a uno mismo, reflexionó Ximena. - Cuando realizamos la obra no teníamos claro que esto iba a representar la pérdida, sino que son cosas inconscientes que van quedando plasmadas en lo que se hace. Para mí, Mr. Boots representaba una nueva etapa porque veníamos superando el tema de la inundación, en la finca perdimos un montón de obras, en mi caso se perdieron las fotos de mis papás y para Mauricio, las de su mamá, que eran como los últimos recuerdos que nos quedaban - dijo ella. Yo lo tomaba como algo positivo, en el sentido de que ya pasó, me deshago del pasado y sigo para adelante. Es una etapa nueva y Mr. Boots representaba para mí ese nuevo comienzo: llegar a Canadá, la ilusión de empezar algo

nuevo. Y creo en este momento que se quedó así, fue algo pasajero. Lo compartimos con él, pero la vida continuó sin Mr. Boots.

A pesar de muchos esfuerzos, no lo volvieron a encontrar.

- Yo querría hacer una campaña para encontrar a Mr. Boots en Canadá, comentó Ximena.
- De pronto, si la recompensa es un baúl lleno de marihuana o una dosis vitalicia de cerveza, de pronto Mr. Boots aparece en cuestión de horas, le respondió Mauricio, a carcajadas.

Abstractus abrió la exposición del 'Diario de Mr. Boots' en Bogotá a finales del 2017. Aunque no tenían al Mr. Boots original para exhibirlo y tampoco querían replicarlo ni reemplazarlo, se les ocurrió una idea.

- Creamos a Weed (Marihuana) y a Maple... Sus dos hijos, contó el artista hablando de dos pequeñas esculturas de perritos blancos con manchas negras y botas naranja. Pero no son iguales entre sí ni iguales a Mr. Boots.

Así como Mr. Boots no intentó reemplazar nunca a Tomás, el labrador, Weed ni Maple tienen las mismas manchas ni el tamaño de la creación original. Cada uno tiene su significado y, según ellos, tendrá su propia historia. Una que comienza por la inspiración detrás de sus nombres:

- Ellos dos son canadienses y tanto la marihuana como el maple son dos elementos representativos de Canadá, así que por eso los llamamos así, dijo Ximena entre risas.

Ahora la pareja acogió en su hogar a una gatica blanca y negra llamada Gala. Ella sí es un animal de carne y hueso, y según ellos es como una hermana perdida de Mr. Boots porque casualmente tiene sus mismos colores tanto en el pelaje como en los ojos.

Para Mauricio y Ximena la vida ha sido un viaje constante, un cambio permanente de hogares y seres cercanos, así que volver a mudarse no les preocupa tanto. Se las han arreglado.

Por ahora están radicados en Bogotá, aunque creen que no será por mucho tiempo hasta que un nuevo aeropuerto les dé la bienvenida. Tienen varios proyectos andando con *Abstractus* y aunque Mr. Boots les ayudó a encontrar una nueva manera de enlazarse con el mundo y superar el dolor, no tienen duda de que por medio del arte, los animales o alguna nueva fuerza que se manifieste en su interior, seguirán encontrándole belleza y balance a los golpes y gozos de la vida.

Fuentes bibliográficas

- AeroBCN. (2018). *AeroBCN*. Recuperado el 2 de abril de 2018, de El aeropuerto más pequeño del mundo: 400 metros de pista solo apta para unos pocos aviones: <https://www.aerobcn.com/aeropuertos/1871-el-aeropuerto-mas-pequeno-del-mundo-400-metros-de-pista-solo-apta-para-unos-pocos-aviones/>
- Aeronáutica Civil. (6 de diciembre de 2017). *Unidad Administrativa Oficial*. Recuperado el 24 de junio de 2018, de Niños y adolescentes deben presentar los documentos de identificación antes de volar : <http://www.aerocivil.gov.co/prensa/noticias/Pages/Niños-y-adolescentes-deben-presentar-los-documentos-de-identificación-antes-de-volar-.aspx>
- Aeropuerto Ernesto Cortissoz. (17 de 01 de 2018). *BAQ Cortissoz*. Recuperado el 17 de 01 de 2018, de <http://aeropuertobaq.com/nosotros/>
- Augé, M. (1996). *Los No Lugares, espacios del anonimato. Una antropología de la Sobremodernidad* . Barcelona: Gedisa Editorial.
- Bolaño, R. (2004). *2066* . Barcelona: Penguin Random House.
- El Espectador. (14 de abril de 2015). *El Espectador*. Recuperado el 26 de marzo de 2018, de El templo dorado de la India: <https://www.elespectador.com/publicaciones/buen-viaje/el-templo-dorado-de-india-articulo-555077>
- El Espectador. (15 de junio de 2017). *Fiscalía escuchará agentes del FBI que investigaron explosión del avión de Avianca en 1989*. Recuperado el 17 de marzo de 2018, de El Espectador: <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/fiscalia-escuchara-agentes-del-fbi-que-investigaron-explosion-del-avion-de-avianca-en-1989-articulo-698629>
- El Tiempo. (25 de mayo de 1995). *CUANDO LOS NIÑOS VIAJAN SOLOS*. Recuperado el 24 de junio de 2018, de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-331673>
- El Tiempo. (27 de marzo de 2015). *Ella abrió el camino de las mujeres en la aviación nacional*. Recuperado el 18 de marzo de 2018, de El Tiempo: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15477336>
- Gamboa, S. (2012). *Tragedia del hombre que amaba en los aeropuertos*. Madrid: Random Penguin House.
- Gobierno de la República de Ecuador. (2017). *Ministerio del Interior*. Recuperado el 2 de marzo de 2018, de Migración, requisitos para ingresar a Ecuador y

- preguntas frecuentes: <http://www.ministeriointerior.gob.ec/preguntas-frecuentes-migracion/>
- Hong Kong International Airport. (2017). *Hong Kong International Airport*. Recuperado el 20 de abril de 2018, de The Airport: <https://www.hongkongairport.com/en/the-airport/hkia-at-a-glance/fact-figures.page>
- Ley N° 1098, *Código de la Infancia y la Adolescencia*. (2006).
- Martínez, T. E. (2002). Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI. En J. Cedeño, J. García, & M. Villoria, *Cuadernos de literatura* (Vol. VIII). Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.
- Ministerio de Relaciones Exteriores. (2017). *Migración Colombia*. Recuperado el 25 de febrero de 2018, de Control Migratorio: http://migracioncolombia.gov.co/phocadownload/base_del_conocimiento/v15/02-CONTROL%20MIGRATORIO.pdf
- Muñoz, A. M. (18 de marzo de 2018). Mujeres, abismos y techos de cristal. (L. C. Muñoz, Entrevistador) Colombia.
- National Geographic Traveler. (31 de mayo de 2017). *La primera azafata de la historia*. Recuperado el 20 de marzo de 2018, de National Geographic Traveler: <http://www.ngenespanol.com/traveler/tecnologia/17/05/31/la-primera-azafata-de-la-historia/>
- Ortíz, M. P. (6 de octubre de 2016). *FNPI (Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano)*. Recuperado el 20 de septiembre de 2017, de Taller de Periodismo y Literatura con Martín Caparrós: <http://www.fnpi.org/es/fnpi/taller-de-periodismo-y-literatura-con-mart%C3%ADn-caparr%C3%B3s>
- Rotker, S. (1992). *La invención de la crónica*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Letra Buena.
- Salcedo, A. (2011). La crónica, el rostro más humano de la noticia. En V. M. García, & L. M. Gutiérrez, *Manual de géneros periodísticos*. Bogotá, Colombia: Ecoe ediciones.
- Silva, R. (01 de diciembre de 2007). *Caracol Radio*. Recuperado el 17 de 01 de 2018, de Caracol Radio: http://caracol.com.co/radio/2007/12/01/entretenimiento/1196526720_514409.html